

# LOS COLORES DEL AGUA



*En memoria de Dolores Ruiz y Jorge Montolío,  
que nos dejaron en dos agostos amargos.  
Con ellos, para siempre.*



## GUÍA DE CAMPO DEL INSPECTOR PAUL FERNANDEZ

LAURA SALAVARRÍA, LA INTERFECTA. Española, funcionaria, treinta y siete años (cuarenta y tres según documentación). Soltera. Funcionaria europea. De ella hablará todo el mundo y no habrá derecho a réplica.

DANIEL PORTELA, homenajeadó en la cena, sobre los cincuenta, funcionario, casado con Aurora Badía, también española, ama de casa, que no asistió a la fiesta.

GABRIELA REDONDO, española, funcionaria, amiga del matrimonio Portela, bien entrados los cincuenta, organizadora de la cena. Devota y conmocionada.

GONZALO INIESTA, español (todos lo son; mejor apuntar las excepciones), 52 años, casado, tres hijos. Funcionario, amigo de Daniel Portela, también de Laura Salavarría. ¿De alguien más? Su automóvil, coprotagonista de la noche.

SILVIA CORTÉS, funcionaria y compañera de los anteriores. Treinta y tantos. Algo reservada. Datos clave a primera vista.

SANDRA ÁLVAREZ, también funcionaria. Cuarenta y pico. Soltera (o al menos sola). A punto de marcharse a Bruselas. Parece estar en la sombra, pero su nombre se menciona demasiadas veces. Me encargaré yo mismo.

MARTA VÁZQUEZ, mujer de Gonzalo Iniesta, ama de casa, de 40 a 45. No asistió a la cena, pero... ¡¡¡Hablar con ella sin falta!!!

Datos de mi colega Erpelding: EUGENIO MAYORAL, funcionario. Amigo de todos, de Laura Salavarría, de Sandra Álvarez (¿vagamente enamorado?). Separado (creo). Soñador. Inagotable fuente de nombres de mujer. JOSÉ MANUEL ASENSIO, funcionario, casado, demasiado bebido durante la mayor parte de la cena.

Ya interrogados por mis colegas: SARA GONZÁLEZ, RAFAEL DEL RÍO, NATALIA LLORACH, ALBERTO SERÓN, ELENA MASSÓ. Nada interesante a primera vista.

Un tal GASPAR MONTERO ha pedido hablar conmigo. Según mi colega, español, separado, su mujer (Susana algo) vive en España con el hijo. Muy insistente, desconocido hasta ahora. ¿Qué querrá?







[SANDRA]

### *Luxemburgo*

ES UN HECHO QUE EL TREN PARA BRUSELAS sale de la vía 1. Pero es un hecho transitorio, inseguro, ni siquiera preciso en su formulación. El tren de las 7.07 sale de la vía 1, pero todos los demás, o por mejor decir, la mayoría, salen de la vía 2. Incluso el tren de las 6.56, procedente de Basilea, transita por la vía 2, una vía que atraviesa la estación, una vía de paso, de conexión, inscrita en el itinerario, parte del trayecto, una pausa con número en mitad del mapa, en mitad del territorio arbitrariamente marcado como vía férrea. Por el contrario, la vía 1 es una vía muerta, un cajón de hierro y cemento del que parten trenes que empiezan y terminan en Luxemburgo, no todos, sólo algunos, los trenes que con mayor o menor antelación se incrustan en estos raíles mudos y esperan a que les llegue la hora de efectuar su trayecto pendular, Luxemburgo-Arlon-Luxemburgo, a veces Luxemburgo-Bruselas-Luxemburgo. Antes, hace

tan sólo unos meses, todos los trenes normales hacia Bruselas tenían su nicho en la vía 1; no los trenes expreso como este en que me hallo, el de las 7.07, sino los llamados Intercity, más bien interpueblos, por las paradas múltiples y enervantes, por el tamaño que tienen y la velocidad que desarrollan, por su aspecto innegable de trenes tranvía. Son hechos perecederos, cambiantes, anacrónicos tan pronto como los imperativos de horarios y organización obligan a modificarlos. Y sin embargo, hoy parecen importantes, no sólo porque deba coger el tren hacia Bruselas y necesite saber de dónde parte, sino porque algún motivo sentimental me lleva a fijar en la memoria que mi salida de Luxemburgo se produce en la vía 1 y no en otra cualquiera, acaso en el andén en el que desembarqué aquella mañana hace un decenio, entonces sin darle importancia a los datos, preocupada por encontrar un taxi que me llevase al alojamiento provisional que había encontrado unos meses antes, una primera morada desde la que emprender una nueva vida.

No me pareció entonces que fuese importante retener el dato, guiada por la avidez del que empieza, por la impaciencia del que quiere resolver los problemas más inmediatos y acuciantes y deja para más adelante la reflexión y la memoria, como si el recuerdo viniese sin esfuerzo, como si a la memoria no hubiese que dictarle el contenido de sus archivos, guardarlos bajo llave y sacarlos a la luz de cuando en cuando para reavivar sus aristas. Y con todo, la memoria es caprichosa, o el mecanismo inseguro o, acaso, perfectamente regulado para no almacenar excesivo volumen de información y poder seguir sobreviviendo, un perfecto equilibrio entre el depósito, el olvido y la transformación, todo dirigido a hacer más soportable la existencia, el pasado y su carga aplastante. Por eso no me acuerdo del andén y la vía de llegada, tampoco de la hora exacta, ni siquiera me reconozco a mí misma, porque mi yo de entonces ha sido sustituido por mi yo de ahora, diez años más viejo, diez

años más doblegado, acaso diez años más sabio, pero con una sabiduría inútil, la de la experiencia, que no sirve para evitar los errores, ni para apaciguar el dolor, ni para hallar caminos menos errados y erráticos. La experiencia es un lastre, un abrumador lastre que sólo aprovecha para ser hinchado en el currículum profesional, retahíla de hazañas laborales de sangrante intrascendencia e inevitable vulgaridad. Líneas y líneas de paralela objetividad enumerando los destinos, las tareas, las habilidades, los conocimientos adquiridos y la evidente capacidad para los nuevos cometidos; todo en vez de confesar diez años donde me pusieron, como un armario fijo a la pared por tornillos ocultos, un artificio torpe y feo para aparentar el aspecto imponente del mueble, su solidez y su inmovilidad de madera noble. Me pusieron o me puse o me permitieron que me pusiera en el lugar en el que he permanecido y que ahora se traduce en líneas de brillante currículum, brillante a fuerza de adornar, de expresar con arrogancia lo que podría ser expresado con sencillez, traductora de cuanto texto, bueno o malo, comprensible o truncado —rara vez interesante— se me asignaba bajo los ojos, parte de una maquinaria opaca, componente de los circuitos laterales de transmisión e intercambio, circuitos despreciados e ignorados por el amo y sus mayordomos, por el sol y la lluvia, por los medios de comunicación y por el tráfico rodado. Diez años casi por casualidad, pero diremos que por valía, diez años por suerte y porque los exámenes, rumores aparte, no están trucados, o por lo menos aquellos no lo estuvieron, porque no hacían falta relaciones, recomendaciones, cartas de presentación, sino tan sólo pasar por el aro de la prueba y caer de pie, diez años y gracias que no se requería conocer a ningún amo, ni haber ido al colegio adecuado, a uno de esos en los que los alumnos se conocen y se reconocen después en las negritas del periódico, en las amistades cruzadas, gracias a que ni siquiera hacía falta haber nacido en un

buen barrio y lucir el marchamo de calidad y la denominación de origen. Gracias a que la burocracia es, hasta cierto punto, interclasista, de aluvión, de coger el tren en marcha. Gracias a que los pobres, en cuanto nos dejan, somos muy listos y solemos conocer los dientes azules del miedo al estancamiento, el retroceso o la caída en los muchos pozos que abre la miseria, ese gusano inmenso de mil caras y mil fauces que va comiendo la tierra sobre la que intentan apoyarse los pasos. Gracias a que el esfuerzo, en contadas ocasiones, encuentra alguna recompensa.

El tren de las 7.07 sale, hoy y por el momento, de la vía 1. Es un Expreso, es decir, que con una velocidad parecida a los demás, gana un poco de tiempo porque realiza unas pocas paradas menos que el supuesto Intercity. No tengo prisa en llegar. En realidad, tampoco en partir, sé que va a doler lo mismo, que el desgarrar va a ser idéntico, que hoy será un día difícil y sin posible consuelo, ni siquiera el final de esta historia, quizá un corte sí, con el pasado, un corte físico, una distancia que se pone por medio, pero como mucho el principio para arrancarse definitivamente de aquí, de estos diez años, y, sobre todo, de los cuatro últimos. Hoy es el día en que se ha de realizar la intervención quirúrgica que me separará de él, el remedio que he creído necesario aplicar, el dolor más grande que acalla el más pequeño, la herida que infiere la propia mano y que tapa la que obra la mano ajena. El dolor como anestesia.

El tren de las 7.07 llega a Bruselas a las 9.41, el de las 6.56 tiene la llegada a las 9.30 y el de las 7.27 se retrasa hasta las 10.21, no en vano es un interpueblos. Las nueve o las diez de la mañana o incluso las 12, todas serían buenas horas de llegada, horas indiferentes, porque no hay premura ni urgencia, porque en Bruselas sólo me espero yo a mí misma, mi nuevo destino, el nuevo domicilio, claramente no una nueva vida. Pero es una partida temprana, demasiado para cualquier

despedida, excesivamente pronto para cualquier desilusión, la última si cabe. ¿A qué hora sale tu tren?, pregunta cuyo significado ya no es posible ni pertinente analizar, pregunta a la que, a diferencia de tantas otras veces, ya no daré vueltas, ya no intentaré buscarle la vertiente soleada o la esquina erosionada, pregunta que quedará por siempre inscrita en el cuestionario de última hora, que recibió también una respuesta igual de escueta, ya sin puentes tendidos ni temblores en las grietas. Pero ha sido el tren de las 7.07 para evitarlo todo, una nueva despedida en el andén y una no despedida. Porque he querido evitar a toda costa la desilusión de no verle aparecer a una hora más conveniente, la tensión de esperar lo que la pregunta podría haber querido sugerir, que vendría a despedirme, que prescindiría por un momento de las conveniencias y vendría a la estación a decirme adiós. Y mucho más que el dolor insoportable de verlo quedarse atrás, separado por los cristales, perdido en la distancia, punto inencontrable, imagen prendida en la retina durante días y días, quién sabe ya por cuánto tiempo, mucho más que dejarse atrapar por el momento temido, he querido evitar la última punzada de la realidad, decirme pero cómo va a venir y para qué, qué soy yo a fin de cuentas para que venga siquiera a despedirse al andén. Por eso la temprana salida, para que así lo razonable corte de raíz lo irrazonable, la imposibilidad física elimine el último borde deshilachado de esperanza estúpida.

No tengo prisa, pero por algún motivo me asusta llegar a Bruselas acabando la tarde, con el día ya medio muerto entre riachuelos perdidos de recuerdo, y llegar a mi nuevo piso, tan vacío a su manera, con las paredes desnudas de vivienda deshabitada, con las cajas de la mudanza rondando en procesión quejumbrosa de cartón polvoriento, con los muebles montados, algunos tan desplazados en las nuevas circunstancias, deteriorados por los años, mostrando el escaso rendimiento de

las primeras compras baratas, fruto del escaso presupuesto inicial, pendiente entonces del ingreso del mes siguiente, sin fondos a los que recurrir y mucha impaciencia por instalarse por fin, tras años nómadas y estrechos en las finanzas pero no en los sueños. Aterrizar en la desembocadura de la tarde arrastrando ya las tristezas del día y ni siquiera tener la posibilidad de entretenerse que deparan las tiendas abiertas, las compras pendientes, las ocupaciones de la ciudad en pleno despertar a la actividad. Aterrizar en la soledad de un apartamento recién colonizado ya no por la ilusión, y sí por la desmemoria.

El asfalto de la estación siempre ha estado sucio, desde hace diez años, sucio y vacío, sucio aunque barrido, sucio por su color gris asfalto machacado por los muchos pasos, las largas esperas, las idas y venidas, los saludos de bienvenida y despedida. No recuerdo bien, pero creo que el piso es el mismo, por lo menos es idéntica la impresión de pesadumbre turbia, de enfangamiento en no se sabe qué destinos. Pero hace diez años yo creía llegar a algún sitio, a uno de tantos en el recorrido, uno con mayores perspectivas, con mejores ingresos, con ingresos que me sacasen por fin de la estrechez y la carencia que ya empezaban a ser molestas, a mis años de entonces que parecían ya tantos. Porque los años no son de uno, no es el tiempo propio, sino el tiempo impuesto. Porque no es ser joven o ser mayor, ser fértil o empezar a declinar en la capacidad reproductora, tener la piel fresca o contemplar con miedo el nacimiento de una nueva arruga. Ni siquiera es eso, ni siquiera es encontrarse menos fuerte o perder flexibilidad en las articulaciones, o cosechar cabellos blancos. No. Es el tiempo externo el que decide, el tiempo de la organización de las cosas, de la organización del mercado laboral, de la organización del mercado *tout court*. Creo que nunca he tenido puntos de referencia propios, ni hoy, a las siete de la mañana, espe-

rando que el tren para Bruselas parta y con él la herida se cierre o se abra más todavía, ni antaño, cualquiera que sea el momento que esa palabra abarque o encierre.

Dice el tópico que partir es parecido a morir, el gris de la mañana, el pasado empequeñeciéndose, como las figuras ajenas que pululan por los andenes de la estación, *Luxembourg* en carteles que huyen, el latido mecánico de la máquina sin corazón. ¿Es la muerte para el que se va o para el que se queda? ¿Para el que borra el pasado o para el que mata el futuro?

Hoy no podré evitarlo, estar blanda, ponerme cursi, recurrir a lo sentimental.

—No te vas a poner ahora blanda

— ...a pesar de que estabas tan blandita

—Uno de tus mayores atractivos, aunque quizá no debiera decírtelo, es precisamente lo cortante que puedes ser a veces, la guerra que das...

No hay que ponerse blando, ni siquiera a solas, por nada ni por nadie. Hay que seguir viaje, seguir trayecto, aplicarse a la tarea con frialdad, con precisión, manejar el bisturí con la determinación de un cirujano, recto el corte, profundo el alcance, y extraer ese otro corazón que late junto al mío, y procurar que la sangre vuelva a circular por la antigua víscera, y procurar que nada se note, procurar no torcer ni el gesto, procurar no tener sentimientos.





[GASPAR]

*(Extracto de un diario)*

SON DATOS. Dos mil quinientos ochenta y seis kilómetros cuadrados. Y más aún, de norte a sur, ochenta y dos kilómetros, y de este a oeste, cincuenta y seis. Son cifras que se encuentran en cualquier enciclopedia, en cualquier atlas, casi en cualquier guía turística. Pero los datos dicen y no dicen, los datos dicen tanto o tan poco como es capaz de decir la mente que los examina. De cada uno según su capacidad, principio que, a final de siglo, ha pasado a significar más bien que de donde no hay no se puede sacar. El final de siglo tiene un aspecto poco ético y muy pragmático. Aspecto digo, apariencia, impresión superficial. Los datos dicen y no dicen, pero es preferible disponer de ellos porque al menos así, podrían decir, podrían destilar su información, convenientemente tratados, examinados, evaluados. Con datos es posible llegar a saber y con un filete es posible conseguir alimentarse. El hambre volverá ingenioso, pero no cubre las necesidades nutricionales. La ignorancia tampoco hace sabio. No se puede renunciar ni al filete ni a los datos. Que ni el filete ni los

datos lo son todo es algo que se cae por su peso, como se cae por su peso que los últimos no serán nunca los primeros. Dos mil quinientos ochenta y seis kilómetros cuadrados son mucho para una finca, poca cosa para un país y menos aún para un imperio. Pues es un país y, como todos los países en Europa, en algún momento fue la finca opulenta de alguien, de uno de esos que no pasaron jamás de ser los últimos a convertirse en los primeros, sino que estuvieron siempre en el pelotón de cabeza. Es un país y es pequeño, como indican sus dimensiones. Dos mil y pico kilómetros cuadrados no parecen gran cosa y, en cambio, han sido unos kilómetros disputadísimos a lo largo de eso que se da en denominar historia. En Europa, cada metro cuadrado ha sido y es disculpa para una buena contienda. Somos un ejemplo para el mundo. De ahí, que el diseño de los países sea tan caprichoso, tan irregular, tan barroco. El continente está lleno de fronteras temblonas y rugosas, la que más y la que menos resultado de alguna gran matanza, derivada a su vez de algún antojo blasonado y linajudo, de alguna humorada regia, que no egregia, del aguante cetrino de la grey. Con los africanos lo hemos hecho mejor. Les hemos preparado unas fronteras con cartabón y tiralíneas y ahora nos disponemos a presenciar cuánto tiempo tardan en arrugarlas a base de conflictos armados, y armados ciertamente por nuestra próspera industria. Luxemburgo ya ha pasado por todo ello, y así se ha quedado, como un limón exprimido, con las posaderas belgas, la testuz francesa y el costado alemán presionando, era de esperar. Cincuenta y seis por ochenta y dos, y un montón de vericuetos. Y es que no todo es el tamaño. También están el aguante, la consistencia, la calidad.

Ya ha salido a relucir lo del final de siglo, en la tercera o cuarta línea, todo un récord. Lo del final de siglo es un tópico muy socorrido, como el de los horóscopos. Tú qué eres, Escorpión, pues entonces vengativo

a más no poder. Los Montesco y los Capuleto debían de ser todos Escorpión. Recurrir al final de siglo es el tópicó más tirado en circulación. Todos los finales de siglo los deben de haber utilizado hasta el cansancio. Y si además se mezcla con un cambio de milenio, la densidad de tópicó, entendida como número de clichés por unidad de superficie, ha de alcanzar valores capaces de dejar al Japón a la altura del betún en cuestiones de densidad de población, pura soledad lunar. Lo del final de siglo y milenio es un comodín enjalbegado y vestido de gala, la manera más sencilla de parecer que se está diciendo algo interesante gratis y sin esfuerzo. ¿Y a quién de nosotros no le gusta aparentar sabiduría, sobre todo cuando la exhibición no va precedida del arduo proceso de adquirirla? Es de suponer que, en presente de indicativo, todas las épocas se vivan igual, con desasosiego, con inquietud, con añoranza, con desilusión. Es fácil recurrir al a dónde vamos a ir a parar, o al antes no pasaba esto, sobre todo cuando no hay manera fehaciente de comparar. Porque ¿cuántos finales de siglo o de milenio hemos vivido cada uno de nosotros? El presente parece siempre más frío, o menos caluroso, o más caluroso y menos frío, o más lluvioso, o más seco, o más ventoso, o más soleado, en general más nocivo, más preocupante. Da la impresión de que, antes, la gente parecía saber dónde se dirigía. Se dirigía al presente, a nuestro presente, así que para nosotros está muy claro el curso que seguían. Pero ellos se dirigían al futuro y era como si se dirigiesen al vacío. Les ocurría lo mismo que a nosotros. Ellos se asustaban por el ferrocarril, nosotros por Internet. Ellos le daban a la absenta, nosotros a la cocaína. Dónde vamos a ir a parar. Por cierto, absentismo no se deriva de absenta. Cincuenta y seis kilómetros no son nada hoy en día, es fácil, realmente fácil, salirse del país por los lados, y no mucho más complicado abandonarlo por arriba o por abajo. En un suspiro, ya está uno en otro sitio.

No somos más listos que antaño, pero sí disponemos de más datos. Es fácil recoger datos. En estos tiempos los datos nos rodean, nos acosan, nos inundan. La prueba de que no somos más listos es que, con tantos datos en la mano, seguimos expectorando idénticas simplezas. Es injusto que Herodoto no pueda beneficiarse de Internet y el *CD-Rom* ni Leonardo da Vinci de la navegación aérea, y en cambio cenutrios como nosotros comunican vía satélite sus naderías y se duermen plácidamente a 900 km/h. Al pobre Herodoto, anacronismos aparte, le habría costado dios y ayuda enterarse de que el nombre de Luxemburgo se deriva del antiguo sajón *Lucilinburhuc*, que significa «pequeña fortaleza», en cambio yo he tardado apenas diez minutos en obtener el dato. Ni que decir tiene que Herodoto le habría sacado otro partido muy distinto a la información, se lo sacó incluso a las fantasías que contaba, pobre hombre, a ver en qué iba a basarse sino en habladurías. Herodoto con un ordenador, qué sueño más maravilloso. Y que Herodoto no pueda resucitar y disfrutar de lo que estos tiempos ofrecen a cerebros como el suyo. Porque estos tiempos ofrecen mucho, pero suele ser a cerebros como el nuestro, o sea un despilfarro.

Luxemburgo, desde el siglo X con ese sambenito, pequeño, diminuto, reducido, exiguo, corto, canijo. Desde el siglo X con la sospecha de que no llegaría a ser nunca el gigante del mundo, pequeña fortaleza. En el 5140 antes de Cristo, ya se murió alguien por estas tierras, o lo que es igual, se han encontrado restos humanos de esa época, resistentes restos que han aguantado hasta nuestros días. En el 5140, hay que ver qué bien calculamos ahora, seguramente los dueños de esos restos, o más bien los restos antes de serlo, los humanos vivos y florecientes a los que, andando en el tiempo, llamaríamos restos, no sospechaban que vivían y morían en un territorio que se iba a quedar con el remoquete de chico, menudo, pero sin llegar a imperceptible. Allá por el 5140 más o menos,

nadie sospechaba nada de nada, mucho menos que estaban viviendo en el futuro Luxemburgo con todos sus avatares. Parece que por esas fechas los egipcios ya tenían una cierta idea de quiénes eran, pero los luxemburgueses no. Claro que eso mismo les ocurría a muchos pueblos que hoy se las dan de antiguos, específicos y cosa aparte. No es enfermedad que afecte únicamente al pueblo luxemburgués. Todos los pueblos tienen historia, y raíces, y tradiciones, y manías, y victorias y derrotas y, a veces, la antigüedad se basa en unos huesos más o menos resistentes o bien enterrados. No haría falta matar por eso, francamente. Allá por el 450 también a.C., se paseaban por la zona los «Treveri» y los «Mediomatrici», que, dicen, eran tribus belgas, aunque ignoro si ellos lo sabían. Los romanos llegaron en el 53 a.C. Estos datos se encuentran hasta en las guías turísticas con pretensiones, pero mejor aún en la Enciclopedia Británica. Lo que habría disfrutado Herodoto con la Enciclopedia Británica, si es que no se había dedicado a reescribirla. Por cierto, Herodoto es también carne de enciclopedia, quién se lo habría dicho a él, y lo gustosamente que habría completado su biografía.

Dos mil quinientos ochenta y seis Km<sup>2</sup> y si el receptor de tal información consigue deducir por sí mismo que se trata de un minúsculo país, ya puede considerarse una hazaña intelectual. La mayor parte de las veces, lo de minúsculo país hay que leerlo también en la misma línea, junto al dato desnudo, porque de otra forma el avezado lector no cae en el hecho. El dato está disponible, preocupantemente al alcance, inquietantemente próximo. Porque cada dato sobre el tapete nos enfrenta a la terrible evidencia de que no sabemos qué hacer con él. Es como si no pudiésemos caminar y pensar al mismo tiempo, o masticar y contar hasta diez, cortarnos las uñas de los pies sin perder el norte. Parece una ley natural, aunque no lo sea, o una maldición, aunque tampoco lo sea, que el ser humano siempre se incline por la alternativa más tonta.

Cuando se halla en un museo frente a una obra de arte irrepetible, que probablemente no vaya a contemplar más veces en su vida, el humano se dedica a leer en la guía los datos que, en aquel preciso momento, le están estorbando la contemplación del objeto. Y si no lee la guía, pasa de largo ante la obra de arte irrepetible y excelsa sin siquiera echar un vistazo, como el león ahíto que no se para a mirar las chuletas en forma de cebra o antílope que se pasean ante sus ojos. Los datos flotan a nuestro alrededor, pero no parecen aliviar nuestra crónica penuria de sabiduría. Es como tener sed y no saber abrir el grifo.

*Lucilinburhuc*, se veía venir. No iban para colosos.

## [EUGENIO]

LAURA HECHA PAISAJE sería como el lago Léman visto desde la vertiente francesa, como lo vi hace un montón de años, mucho antes de conocer a Laura o de imaginarme siquiera que terminaría en Luxemburgo conociendo a Laura y perdiendo a Laura de esta manera tan inesperada y tan violenta.

Del lago Léman hace más de veinte años. Veinte años son un horizonte benévolo que permite recordar con cariño y nostalgia. Todo lo que me gusta recordar yace a más de veinte años de distancia en mi memoria. Las mujeres de entonces, mi yo de entonces, la escasez económica de entonces, la juventud de entonces. A las mujeres, en realidad, las recuerdo siempre con gusto. Son los hitos de mi vida. Sin ellas, yo apenas me reconocería. Con Nadine frente a Ginebra y con Laura en Luxemburgo tengo puntos de referencia, aunque Nadine y Laura hayan sido tan diferentes entre sí y en su relación conmigo. Laura en su apariencia era como un paisaje cuidado, como un bello jardín de colores y aromas combinados, con arbustos cortados en formas caprichosas y artificiales. Laura era un césped impoluto, de un verde perfecto y recién regado, una sucesión

de árboles que se completan en sus tonos, tamaños y edades. Laura se quería paisaje de lujo para ser contemplado y admirado. Desgraciadamente, todos los paisajes acaban allanados en la tormenta.

La primera vez que vi a Laura era noviembre. El invierno había hecho una de sus primeras apariciones con especial crudeza. Laura esperaba el ascensor que nos había de llevar a nuestro piso.

—Así es el invierno de estas tierras —comentó con seguridad mientras se desabrochaba un abrigo prematuramente invernal.

Parecía haber estado allí toda la vida, conocer Europa como la palma de la mano. Tiempo después me enteré de que era su primer invierno en la región, que jamás había puesto el pie más allá de la frontera franco-alemana.

—Por cierto, me llamo Laura Salavarría —añadió con una sonrisa.

Creo que todavía no nos habían presentado.

Era mi segundo día de noviembre en aquel edificio, el primero que lo veía tras haberse disipado la niebla. Laura llevaba apenas una semana en Luxemburgo. Era la época de las llegadas masivas de españoles y no era raro coincidir con un montón de novatos dándose consejos mutuamente. Laura, con su seguridad, aparentaba haber fundado la institución hacía mil años conservando no obstante su juventud y lozanía. Me encantó su aplomo. Me gustan las mujeres que se imponen, y también me gustan las mujeres ante las que imponerse. Apenas se habían cerrado las puertas del ascensor, y Laura ya me aclaraba entre sonrisas que el suyo era nombre de amante clásica y de fascinante película policíaca.

—También se diría nombre de amante inalcanzable, de ideal o de retrato que hace sufrir a la pobre Dana Andrews hasta la desesperación. La mujer por la que los hombres matan.

—¿Eres así de apasionado tan temprano?

Laura me pareció encantadora, con un toque de refinada artificiosidad



que la hacía aún más interesante. Repasé mis recuerdos y comprobé que nunca había tenido relación con una Laura. Cosas del azar. Dos Alicias pero ninguna Laura.

—Si quieres, luego nos tomamos un café —me ofreció.

Laura cuidaba su apariencia hasta escenificarse a cada paso, algo que sacaba de quicio a Sandra, injustamente.

\* \* \*

—Todos nos producimos, Sandra, todos cuidamos el aspecto que presentamos a los demás. Todos somos también la apariencia.

—En este caso, la esencia coincide con la apariencia. Su esencia es aparentar.

—¿Y qué tiene de malo?

—Pues que es como el parto de los montes, con un embarazo de treinta y tantos años y un ratoncillo que lo resume todo. Pero eso sí, todos os sentís fascinados por la montaña hinchada.

—No es una comparación muy halagadora, Sandra, pero además no sé qué tienes contra las apariencias. ¿Acaso crees que el descuido es más natural?

\* \* \*

Recuerdo un día de tormenta junto al lago, y junto a Nadine. El paisaje se crispó como un organismo roto. Los árboles se encabritaron, las flores agarraron sus pétalos con más fuerza para evitar perecer en ese momento. El lago, tan grande y tan mentiroso como un mar fingido, empezó a rizarse y a parecer más mar de lo que nunca había conseguido ser. El paisaje domesticado de los hoteles de lujo, con sus jardines

bellos al milímetro, cobró un aspecto asilvestrado; el bosque amenazante, independiente, mohíno e inconstante en sus afectos sustituyó al jardín apacible y estable. El lujo perdió la compostura. Las nubes encapotaron el cielo de tarjeta postal y el viento soplando, desde la montaña o desde los infiernos, empezó a discutir el precario estatus de paraíso del dinero hasta convertirlo en un paraíso en entredicho. A Laura le llegó también su tormenta, la que acabó con la estudiada armonía y el laborioso envoltorio que tanto disgustaban a Sandra. La tormenta o quién sabe si un viento de desesperación o un rayo de nostalgia acabaron con el aliño y el escenario de una vida que parecía expuesta a los demás.

Supongo que cuando uno llega a un sitio lo primero que intenta es construirse una imagen de él, una que le permita situarse, actuar, domeñar aquello que puede parecer hostil aunque sólo sea por desconocido. Eso intentamos todos, creo yo, cuando nos enfrentamos por vez primera a algo, recomponer los fragmentos de la realidad que todavía no nos pertenece.

—Aquí los *croissants* están buenísimos.

Laura recomponía la realidad por ti, te ordenaba los detalles como en una casa de muñecas. Es cierto que sus informaciones eran triviales y hasta innecesarias, pero a mí me encantaba sentirme llevado de la mano por anfitriona tan docta. Docta en menudencias, que habría dicho Sandra.

—Coge mantequilla y mermelada. La mermelada de melocotón está estupenda.

—Yo me dejo guiar por ti.

Con Laura era muy fácil sentirse una bolita de colores más colgada de su árbol de navidad, como si te llevase consigo y tratase de convertirme en un adorno más.

Francisco es un tipo cojonudo. Con él se puede trabajar divinamente, es un cielo. Además siempre está dispuesto para la fiesta.

Francisco era el jefe recién estrenado. Con el paso de los años, Laura cambiaría de opinión, pero entonces se trataba de ser todos amigos y no simples colegas, con algo de exilados unidos por una causa, de náufragos dichosos abocados a la ayuda mutua para vivir mejor todavía en aquella isla de la abundancia. Por supuesto nos tuteábamos, por supuesto allí no había jerarquías, éramos todos tan amigos. Éramos todos mucho más jóvenes, diez o doce años más jóvenes, los que entonces parecían viejos, miraban al resto como a niños. Esa autoridad cronológica la reclaman ahora los jóvenes de entonces sobre los jóvenes de ahora. Laura cambió de alianzas con el tiempo y sin embargo siguió fiel a sí misma. Era como si los demás cambiasen, mientras ella permanecía como punto de referencia inmutable, Laura y su encanto, Laura o la seducción. Los monumentos nacionales no cambian, decía Sandra, sólo se deterioran.

Aquel día y en los días sucesivos, Laura realizó conmigo una especie de vuelo de reconocimiento, un examen ritual de mis pros y contras como parte de su vida. Y durante todos estos años, el vuelo no pareció haber concluido. Era una situación sin resolver, una cita pendiente a la que ninguno de los dos tenía prisa en acudir. Como si dispusiésemos de mucho tiempo.

—Tú vienes muy pronto a trabajar, ¿no? —me preguntó— Pues no hace falta que llegues tan temprano, nadie lo hace.

El presente tiene la mala costumbre de teñir el pasado, de no dejarlo pervivir en su estado primigenio, en toda su inocencia y frescura. El presente no explica el pasado, lo deforma y lo tuerce con una falsa sensación de haber comprendido algo. Ahora no puedo recordar a Laura saliendo de su abrigo, pisando la escena en que convirtió el ascensor, o

la cafetería, desplegándose ante mí con todos sus secretos y sus promesas, como un bazar exótico e inacabable. Ahora no puedo evitar ver a Laura aquella primera vez como si ya hubiese estado marcada por una muerte de la que yo sería testigo, uno más de los que estábamos allí y nos encontramos con su turbia despedida. Laura me ha dejado una sed insatisfecha de conocerla más o de conocerla de otra manera, de saber más de su presente, porque, en su estilo, Laura se escondía a plena luz y bajo los focos más brillantes, ocultaba todo aquello que no formaba parte del espectáculo. A pesar de las apariencias, Laura era un continente por descubrir. Cuando la policía me preguntó, no supe darles ningún detalle, ni de sus amigos, ni de sus amantes, si los tenía, ni de sus idas y venidas, nada más allá de lo que la propia Laura me contaba. Creo que nunca conocí a Laura en directo y sin mediar su propio relato. Y Laura se ha esfumado ahora llevándose todos sus secretos y manchando de sangre a la Laura con la que yo me conformaba todos los días.

[GONZALO]

TODO PODÍA HABER SIDO un poco diferente, tan sólo un poco. Con eso habría bastado. Con que las cosas no se hubieran deslizado hacia ese surco cotidiano, ni más bajo ni más alto que otros, ni peor ni mejor que otros surcos por los que puede correr la vida. Un surco más entre tantos. Pero no era el mío. No era exactamente el mío. A veces pienso que el surco pertenece a Marta, que ella es su única propietaria, su única artífice. A veces lo creo. Veo a Marta diseñando ese surco por el que han de discurrir nuestras vidas, la mía, la suya, la de los niños, la de toda la familia. La veo como hábil diseñadora, como obstinada labradora, como benévola propietaria. A veces. Pero también pienso que ella no es más dueña del surco de lo que puedo serlo yo, que es simplemente el camino que vamos siguiendo juntos, el que podemos seguir juntos, el que los dos hacemos y es nuestro terreno de encuentro. En ocasiones creo que el azar reina donde pudiera parecer que reina el destino. Quiero creer en el azar. El azar como dios poderoso y arbitrario que rige nuestros destinos jugando a los dados. Marta y yo vamos por donde podemos ir juntos, por donde, en cierta manera, hemos querido ir juntos, por

donde creíamos saber que terminaríamos yendo juntos. Y no está mal. Está incluso bastante bien. Es sólo que en ocasiones ese surco se me antoja tan estrecho, tan alto, tan ajeno. Y entonces, deseo inútilmente que todo fuese algo diferente, ligeramente distinto, menos surco, menos profundamente anclado en la tierra, menos como yo nunca habría esperado que fuese.

Marta es como es. Muy alegre, muy sociable, muy pendiente de todo. Marta conserva en sus ojos inquietos la promesa de aventura con que me fascinó hace ya tantos años. Eso y su fragilidad de niña, de niña fuerte y capaz, agitándose tenue y traviesa entre la madurez infantil y la niñez madura, a caballo entre ambas, sorprendiendo siempre con el rasgo discrepante sobre el fondo que en ese momento predomina, niña o mujer, adulto o menor necesitado de ayuda. Recuerdo su cabeza en mi hombro, con la melena de los veintitantos y el calor en la mejilla de los veintitantos, el tacto sedoso de su pelo rozándome el cuello, rozándome los labios cuando se lo besaba suavemente, y su voz queda diciéndome, me siento tan segura a tu lado. Que se sintiese segura a mi lado me enternecía. Me veía un gigante en cuyas manos una criatura trémula se abandonaba, confiada y feliz. Me veía fuerte y cálido como un refugio, acogedor y refrescante como un oasis. Y desde entonces empecé a actuar de forma que Marta continuase sintiéndose segura a mi lado. Y empecé a actuar como Marta me pedía, como ella necesitaba que yo actuase para sentirse segura a mi lado. Y hubo la boda que ella quiso, más que nada y sobre todo porque su madre la necesitaba. Y hubo los hijos que han llenado sus anhelos de maternidad, sin que yo me enterase casi de que los estaba haciendo, pero sobreentendiéndose que yo no haría nada para quebrantar la seguridad de Marta en su existencia. Su cabeza de niña en mi hombro y su cuerpo de mujer entre mis manos, ese fue el prodigio, y el inicio de todos los caminos que condujeron

indefectiblemente a este surco de vida en común, en común con Marta y acaso menos en común conmigo mismo.

Pero ¿por qué había de ser el surco de su seguridad tan agobiante para mí? Desde que me levanto por la mañana, la seguridad de Marta se impone como único objetivo. Y la de los niños, claro, pero no sé si acaso la de Marta predomina sigilosamente y subsume todas las demás. Un poco distinto, todo un poco distinto, con eso bastaría. Pero las cosas, cuando ocurren, ya han ocurrido, y es demasiado tarde para cambiarlas. Nunca se nota que vienen, ni cuándo se aproximan, ni por qué se han echado encima. Están ahí y ya no se van, o por lo menos no desaparecen sin provocar una catástrofe, sin sufrimiento, sin culpa.

Marta es una mujer encantadora, confiada, capaz. Todo el mundo sabe que se ocupa de tantas cosas. Todo el mundo conoce su destreza organizativa, su habilidad para estar en muchos sitios. Y en todos, con la cabeza de niña tierna apoyada en mi hombro. En mi hombro es donde apoya la cabeza cuando me da la lista de la compra, y el resguardo para recoger la tarjeta de crédito del banco, y el aviso de que hay que llevar el coche a la inspección técnica, y las cartas del seguro, y las pequeñas multas de tráfico. En el cuello sigo notando el tacto sedoso de su pelo cuando le redacto las cartas para hacer frente a sus problemas, cuando le imprimo esas cartas que yo introduzco en el sobre con la dirección pertinente de mi puño y letra, o del puño y letra de mi impresora láser, que yo franqueo y pongo en el buzón más próximo. En mis oídos resuenan sus frases ya antiguas cuando envío fax tras fax solucionando sus trámites, cuando me adapto a las invitaciones que ella ya ha preparado para este fin de semana, para el próximo fin de semana, cuando planeamos vacaciones en las que se cumplan sus deseos. Continúo percibiendo su voz susurrante y aliviada por la seguridad que siente a mi lado cuando la sitúo al margen de las malas noticias, de los datos pérfidos, de

la realidad hiriente que podría dañarla tanto, con eso que Sandra llamaba, sin piedad, «mentiras» y que acaso sea la denominación precisa de mi oferta diaria, de mi tributo de verdad exigida para que la vida de Marta discorra por el surco de su tranquilidad.

\* \* \*

—Ya sé que no te gustan los juegos, pero este te parecería interesante incluso a ti. No es ninguna tontería planificar ciudades...

—Todas ficticias, supongo.

—Todas ficticias, sí. Organizarlas, prever sus necesidades, solucionar sus problemas. Es un buen ejercicio, en fin uno sencillito y de pasatiempo, claro está. Pero eso te obliga a tener en cuenta un montón de factores.

—Qué bien.

—Tenías que ver la expresión de desprecio que pones, Sandra. Podías disimular un poco.

—¿Para qué si tú estás muy acostumbrado a manejar todo tipo de factores? Ficticios todos, claro. Te gusta mucho imaginar que las cosas son de otra manera, ¿verdad? Imaginar que puedes determinar a voluntad su punto de partida, y que si el resultado no te gusta, puedes iniciar otra partida. ¿No es así?

—¿Este tuyo es otro juego?

—Sí, es que a mí me gusta jugar a los psicólogos.

\* \* \*

Pero no es cierto que todo sean obligaciones y quehaceres. Eso lo pienso sólo cuando la vida se me hace algo cuesta arriba o cuando el surco



parece estrecharse demasiado. Hay más, mucho más que una hilera de pequeñas tareas. Está el cariño acumulado en todos estos años, están Marina y Alfonso y Celso, y todo lo que nos une, todos esos días cada uno diferente a su manera porque ellos los hacen distintos, porque ellos cambian cada día. Pero eso son Celso y Marina y Alfonso, ellos y no Marta, o Marta y yo, la pareja que se formó hace años, que parecía tener unos fines tan inmediatos y tan concretos, la pareja que parecía libre y que se anudó tan pronta como estrechamente. Porque los niños aparecieron después sin que les hubiésemos consultado. Su estar en el mundo con nosotros no es voluntario y elegido. Para ellos es así, porque los niños no saben que las cosas cambian y que el mundo ha sido distinto antes de ellos. Y a veces yo me siento un poco como un niño frente a Marta, un niño a quien le dan la realidad ya hecha, se la dan en bandeja, en gotitas absorbidas en un terrón de azúcar, en rítmicas secuencias de día y noche, verano e invierno, trabajo y vacaciones, sesiones de cine, de ópera, de ballet, veladas con unos invitados, con otros invitados, invitados en casas de otros, casi siempre terriblemente acompañados como para no ir solos por el surco que hemos trazado. Y en ocasiones siento unas ganas inmensas de asomar la cabeza a los bordes del surco y mirar el exterior, y de hacer algo más que mirar, de explorar salvajemente el terreno para ver que todavía me pertenece algo, que todavía estoy presente en todo el campo y no sólo en ese surco derecho y protegido. Creerme como creía de joven que el mundo se hallaba al alcance de mis pasos, sediento de recoger mis huellas. Lo que Marta llama engaños, cuántas veces me has engañado, me pregunta resentida. ¿Cuántas veces te he engañado o cuántas veces te he salvado de la verdad? Para que pudieras sentirte segura a mi lado. ¿Te he engañado porque no te he dicho la verdad o porque la verdad no se adaptaba a tus exigencias de seguridad? ¿Cuál era el engaño del que tanto te resientes? ¿Cuenta úni-

camente el número de mujeres, o el número de veces con cada mujer, o el hecho de que esas mujeres hayan existido? ¿Es engaño sólo la infidelidad o lo es también anhelar asomarse fuera del surco?

Si las cosas hubiesen sido algo distintas, un poco distintas tan sólo, sin que yo sepa decir en qué o a partir de qué momento. Sin que yo pueda señalar exactamente el cambio de dirección apetecido. Todo un poco distinto, sin ese surco en medio de la vida en el que cada día veo mejor la tierra y menos el cielo. Un poco distinto, también con Marta, incluso con Marta, y no sólo por los niños. Yo quería que Marta se sintiese segura a mi lado, siempre, y ni siquiera lo he conseguido durante mucho tiempo. Marta se siente traicionada, no segura, engañada y no al abrigo de cualquier eventualidad. Marta se siente frágil precisamente junto a mí.

## [FERNANDEZ]

HECHOS HAY TODOS LOS QUE SE QUIERA. Hechos hay por todas partes, en todo instante, para todo el mundo. Los hechos, como el aire, a fuerza de estar presentes y de penetrar en todo, ni siquiera se ven. De los hechos no se puede escapar y sin ellos no se puede vivir. El mundo está lleno de hechos. A veces son como una nube de avispas, con su zumbido irritante y amenazador, con sus miles de patas y su tacto rasposo, con sus imparables aguijones, hostiles, cambiantes, inestables, tan pronto aquí como allá, ahora densos y luego dispersos, siempre menudos, siempre contundentes. Otras veces parecen como el mar, envolventes, inasibles, pegados a la piel, tan próximos; un continuo que en ocasiones parece estar compuesto de gotas numerables y hasta numeradas, pero que en realidad sólo se disocia cuando deja de ser mar, cuando es agua pegada al cuerpo que desaparece con el calor de la playa y el mediodía, el mar que puede parecer compuesto de gotas pero son las gotas las que están compuestas de mar. Los hechos son así, o a ratos se diría que son así, las gotas en las que la realidad nos parece más abarcable, más com-

prensible, más dominable. Pero hechos hay hasta en exceso, en todo caso muchos más de los que cualquiera puede manejar y hasta imaginar.

Yo me gano la vida con los hechos, dividiendo la realidad en sus gotas, buscando las gotas de realidad que parece posible comprender. Cada vez creo menos en los hechos. Mi mujer dice que es depresión y estrés, y que bastaría con tomarme las pastillas adecuadas para recuperar al menos parte de mi confianza. De nada sirve ponerse filósofo, me asegura Béatrice, tú haces tu trabajo y ya está. En mi trabajo, los hechos están bien definidos. Hay que limitarse a buscar esos hechos y no otros. El objetivo es llegar a la verdad. La verdad policial. Si me dedicase a preguntar a mis colegas qué es la verdad, vería que no está tan claro lo que buscamos. Pero tenemos un método, unas directrices, unos objetivos claros, mucho más de lo que cuenta la gente para moverse por el mundo. Mucho más de lo que tengo para guiar mi conducta fuera de las horas de trabajo. Por lo menos los días laborables sé lo que voy buscando, o creo saberlo. Tengo la obligación de saberlo. Para eso me pagan. Para eso le pagan, me ha repetido más de uno de esos funcionarios europeos con los que me las he tenido que ver en este asunto. Para eso le pagan. A mí me pagan para indagar la verdad, pero a ellos no parece que les paguen por decir la verdad, por contar las cosas como las han visto, por proporcionar los datos de los que disponen. Es sorprendente la resistencia de un ciudadano normal, honesto, sin nada que ocultar, para decir lo que sabe o cree saber. Asombroso. Siempre ocurre lo mismo. Nadie, absolutamente nadie dice lo que sabe. Como los niños. Todos parecemos niños ante la ley.

Un hecho. Laura Salavarría, mujer, cuarenta y tres años, nacionalidad española, residente en Luxemburgo desde hace diez, funcionaria, aparece muerta a la salida del restaurante *La Cloche*. La encuentran sus compañeros de oficina con los que celebraba una cena de despedida en

homenaje a un colega que se traslada a Bruselas. Laura Salavarría se ha cortado las venas, eso es lo que dice la voz alarmada que comunica el hecho a la policía. Uno piensa en las muñecas. Pero no, no es sólo eso, ha aparecido degollada, también degollada. Es un hecho que a Laura Salavarría la encuentran sus compañeros en el charco oscuro que su propia sangre ha formado a su alrededor. Otro hecho. Laura Salavarría aparece muerta al pie del automóvil de Gonzalo Iniesta, español, 52 años, funcionario, compañero de la víctima y asistente a la cena. Sobre el capó se encontraron rastros de sangre de Laura, como si hubiese comenzado la operación apoyada en él y luego se hubiera ido deslizándose al suelo a medida que perdía las fuerzas. Más hechos. No se encontró el arma ni en manos de Laura ni en los alrededores. El arma que apenas lo era, probablemente una cuchilla de afeitar, algo que Laura Salavarría podía adquirir fácilmente, manejar fácilmente, llevar fácilmente en el bolso, oculto a las miradas como sus supuestas intenciones de suicidio. Pero eso ya es interpretación, no hecho. Cerca del bolso de la víctima se encuentra una nota mecanografiada por impresora láser, del tipo de las utilizadas en su oficina. El papel, por su aspecto, sus pequeñas arrugas, sus diminutos cortes, parece bastante manoseado, como usado, no es la hoja impoluta que suele resultar de un trabajo de impresión reciente. La nota ha sido escrita hace tiempo. Hipótesis inmediata, suicidio. Hipótesis secundaria, homicidio.

Para todos es un hecho que Laura Salavarría está muerta. Para muchos es un hecho que se suicidó. Para algunos es un hecho que Gonzalo Iniesta no se halla lejos de los motivos que condujeron hasta ese desenlace. Unos pocos creen que hay algo más, algo que nunca se llegará a conocer. Todos llegamos a alguna conclusión recorriendo caminos empedrados por hechos distintos, con materiales de distintas canteras. Y, dispares como son nuestros senderos, también discrepan los hechos

que presumimos tras la primera fachada. En el fondo, ni siquiera la muerte de Laura es un solo hecho. Hay, al menos, tantas muertes de Laura como personas afectadas por ella. Muertes de Laura hay muchas. Una de ellas, la real, la que protagonizó o padeció o experimentó Laura, ese hecho que se le adhirió a la piel como el agua del mar, que la rodeó e inundó hasta sofocarla, es el único al que los demás no podremos nunca acercarnos. Ése es patrimonio de Laura Salavarría, puede que de la Laura moribunda o de la Laura que planeaba ese final o hasta de la Laura muerta que ha dejado de ser por sí misma. Con esa muerte se quedó Laura.

Que me asignaran el caso a mí es un hecho administrativo, uno de esos que no parece poseer un significado especial. Mi ascendencia española parecía también una ventaja. Usted habla español, eso le permitirá acaso captar más matices, si es que resulta necesario. Cómo explicar que con mi español sería más fácil para los interrogados captar matices que para mí. Captar, por ejemplo, que mi español es defectuoso por ser a fin de cuentas español de extranjero crecido en otro entorno, y además defectuoso porque, a pesar de mis esfuerzos, no puedo evitar que esté impregnado de la lengua que aprendí en casa, de padres emigrantes. Para qué explicar que en mi español acechan las marcas de clase social que mi luxemburgués nativo, mi francés o mi alemán algo más balbuciente atinan a ocultar. Que en español, a nada que me descuide, sigo siendo el chaval de familia humilde, el producto de generaciones humildes, el perfecto candidato para hablar de Gonzalo Iniesta llamándolo Don Gonzalo, osando apenas dirigirme a él, sintiéndome orgulloso y honrado si me hace el honor de dirigirme la palabra, qué simpático Don Gonzalo, qué condescendiente Don Gonzalo, Don Gonzalo y esposa, Don Gonzalo en mangas de camisa, uno más entre los demás. A nada que se reaviven los rescoldos de aquel idioma casero que traté

de extinguir para siempre en España, en estancias trabajosas durante los meses de verano, gramática por las noches y oficios varios por las mañanas, lejos de la familia paterna para evitar contaminaciones, a nada que la improvisación insufla oxígeno a los «cuidiao», «méndrugo», «trófeo» y «todillo», se quemará mi imagen de policía y resplandecerá la de menestral. Y eso es lo peor, no la incorrección sino la bellota.

—Hijo, primero sacude las bellotas de lo que sabes que ya habrá tiempo de pulir las incorrecciones de lo que todavía no sabes —me advertía uno de mis profesores de español durante aquellos veranos.

Preferible sí, pasar por extranjero, captar la atención de los nativos con el craso error del bárbaro que despertar su conmiseración o su desprecio con el lastrado tipismo de la infancia. Lo que el hecho administrativo y su interpretación en manos de mi jefe no ponían sobre el tapete es el valor añadido, o restado, que mis conocimientos lingüísticos incorporaban a la indagación de los hechos. El valor añadido de tener a Gonzalo Iniesta, a Monsieur Iniesta, sentado incómodamente respondiendo a mis preguntas, perdiendo pie junto al tratamiento de Don en la noche de los tiempos mejores para él y peores, mucho peores, para los míos, y no por ser el Gonzalo Iniesta concreto, con sus huellas digitales y sus huellas genéticas, ni siquiera por ser él y no otro, sino más bien por ser yo quien soy y proceder de donde procedo. El valor añadido a mi satisfacción personal y restado a la objetividad de mi labor.

Hechos hay muchos y uno no hace mucho más en su vida que procurar captar los que le corresponden y tratar de darles sentido.





## [JOSÉ MANUEL]

LA MUERTE ES EL LUGAR DE TODOS LOS DESENCUENTROS. Es una frase que se me ocurrió sin más caminando por la calle, y como no se me suelen ocurrir muchas frases, decidí consignarla en alguna parte, fijarla por escrito. Abrí para ello un archivo nuevo. Lo llamé «notas». De eso hace un mes y todavía cuenta con una única frase. La muerte es el lugar de todos los desencuentros. Afortunadamente los diarios electrónicos son muy discretos y no muestran la vergüenza de sus escaseces al ojo desnudo que se echa sobre ellos. Lo peor es que tampoco recuerdo por qué se me ocurrió, en qué estaba pensando o qué consecuencia lógica podía tener. Fue, claro está, por la muerte de Laura. Iba pensando en Laura. A las dos de la mañana, cuando todo el mundo duerme, o parece dormir, medio borracho después de una fiesta de cumpleaños, me creí muy profundo e ingenioso. El alcohol es en ocasiones muy afectuoso con el amor propio. Me pareció brillantísima y me prometí no olvidarla. Al día siguiente, o por mejor decir unas horas después ese mismo día, me felicité por haberla podido retener. Es un principio, me dije. Y en principio se ha quedado. Así se quedará por los restos.

¿Por qué se me ocurrió esa frase? ¿En qué encuentros o desencuentros iba pensando? Tenía que ser Laura la protagonista. Laura merodea ahora por muchas cabezas en las que jamás había estado antes. En la mía, por ejemplo. A mí, Laura me producía un efecto amnésico. Era verla y olvidarme. No consigo recordar una sola frase que le oyese pronunciar en vida. Por mí, podría haber sido muda o de mármol. Ahora es de mármol, por lo menos imagino que la lápida lo será. Visualmente todavía era tolerable. En vídeo sin audio. Para recuadrillo publicitario o anuncio en el descanso del partido no iba mal. No más de cinco minutos y preferiblemente unos segundos. O en foto fija. O en nota a pie de página. Teniendo en cuenta lo poco que la aprecié en vida, ignoro qué desencadenó este pensamiento precisamente entonces. Sería la borrachera. Con Laura, los desencuentros se produjeron todos cuando estaba viva. Por lo que se ve la muerte nos acerca mucho más. Lo que más me fastidia de la frase es su vocación absolutista. Todos los desencuentros. No unos pocos. La muerte, lugar de desencuentro. La muerte es el lugar del desencuentro. No. Todos los desencuentros. Sin dejar ni uno. Ni siquiera el desencuentro con Laura.

Existe la tonta costumbre de empezar a amar a la gente cuando se muere. Debe de ser un atavismo. Miedo a los fantasmas. Apaciguar a los muertos. Es absurdo el afecto por los que se fueron. Se fueron y ya no están. No existen. Si no conseguimos amarlos cuando estaban vivos, de nada sirve que lo intentemos una vez muertos. Es una preferencia morbosa por lo irreal. ¿Que te equivocaste en no apreciar a alguien? Pues tiene mal avío. Casi nada en la vida tiene buen avío. A uno le da por querer al ingrato e ignorar al adepto. El ingrato suele tener forma de mujer espléndida y seductora, y el adepto, de digna esposa. Eso se le podría haber ocurrido a Sandra. A lo mejor es suyo. No voy a hacer dos frases en tan poco tiempo. Como todas las frases hechas, ni siquiera es verdad.

Yo ignoraba a Laura que no me era en absoluto adepta. ¿No están maduras? Puede ser. Por mí, Laura podría haberse caído del árbol, a fuer de madura quiero decir. Pero verla en el jardín del restaurante aquella noche, aunque fuese a distancia y entre brumas etílicas, me impresionó. Verla por última vez o verla cuando ya no existía. ¿Cómo se puede ver algo que ya no existe? Es inquietante la contemplación de un cadáver. ¿Es la huella digital de la vida? ¿La cáscara inútil de la memoria? Laura apenas podía haber dejado de existir aquella noche cuando la encontraron encharcada en su propia sangre. Como la pesadilla de sí misma.

Y el caso es que Laura impresionaba mucho, a los hombres y a las mujeres. A Rafa, según confesión propia, lo volvía loco. Me pongo cachondo, decía, con sólo verla. Debe de tener algún defecto en la vista. O no se ha comido nunca un rosco, eso también puede ser. O es un imbécil, todavía más probable. En fin, sobre gustos es sobre lo único que se discute y se discute en vano. Laura impresionaba a los hombres halagándoles la vanidad, que es, en general, lo que los hombres tenemos más saliente, grande e hinchable. Laura manifestaba interés, sugería más que interés, sus ojos murmuraban estoy dispuesta y su sonrisa guiñaba un me vuelves loca. Lo cargante es que se lo hacía a todos. Era una autómatas. El sexo por reflejo. A los que le gustaban o podían gustarle, a los que le eran indiferentes y a los que despreciaba claramente. Con todos mantenía esa misma actitud de mujer fatal, casi por deber, o por calambre. Qué mérito podía haber en que Laura te hiciese unos morritos si es que no podía evitarlo. Sandra decía que no era sexo, sino vanidad, pero yo no veo mucho la diferencia. La mayor parte de las veces sexo significa vanidad, o poder, o miedo, o soledad, o compraventa de halagos y seguridades, todo menos sexo. Laura quería atención y tenía el poco gusto de llamar a la puerta con las tetas en vez de con los nudillos. Además no se conformaba con eso, también aspiraba a ser musa,

intelectual, estrella por activa y por pasiva. La pátina de mujer del arte, sin que practicara ninguno, no podía ocultar que era más tonta que un pestiño. Y aun así se me ocurrió lo de los desencuentros. Eso demuestra lo desaconsejable para el cerebro que es la actividad nocturna. La ventaja es que hace más breves las noches, acorta las mañanas del día siguiente y deja las tardes en una apacible cuesta abajo hacia la nueva noche. Así pasa la vida en un suspiro, a ser posible fuera de sí, porque lo que es dentro hay bien poco de lo que enorgullecerse.

A lo mejor fue una estupidez. La muerte es el lugar de todos los desencuentros porque, muerto, no celebras fiestas de cumpleaños con los amigos, ni te invitan a cenas, ni siquiera vas al cine. A lo mejor era simplemente eso, una gracia de beodo que se encamina a casa deprisa porque tiene ganas de mear. Más improbable es que me viniese a la mente algo notable o acaso digno. Si continuó sin hallarle un sentido, la guardaré como epitafio, a ver si por lo menos a algún visitante del cementerio le sugiere algo inteligente. O para simular la inteligencia de la que carecí en vida. Presumamos de muertos, que hay más tiempo. Mi desencuentro con Laura se produjo cuando ambos recorriamos los mismos pasillos. Entonces podríamos haber pronunciado la palabra mágica. Quizá lo mío también fuese vanidad y sólo pretendiese una mirada de Laura distinta a las que generosamente prodigaba a su alrededor. Una mirada que no requiriese admiración o halago a cambio. Una mirada que no pretendiese impresionar al viandante. O sea, que el sol saliese por el norte a las tres de la tarde. Laura era Laura y yo la desencontré sin pretenderlo, y ahora ni siquiera lo lamento.

[MARTA]

LAS COSAS NO VOLVERÁN A SER como eran. Hay que desengañarse. Cuando nos reconciliamos, dijimos, o más bien fue Gonzalo quien lo aseguró, todo volverá a ser como antes. Y en ese momento incluso lo creí, o quise creerlo. Lo necesitaba tanto. Necesitaba que Gonzalo regresase a mí, necesitaba saber que no se iría, que lo nuestro no peligra. Me dijo:

—Pero yo nunca te habría dejado. Nunca he pensado en irme de tu lado.

Y luego me aseguró, casi me prometió:

—Todo volverá a ser como antes.

Pero como antes de qué. Como antes de que me mintiese, como antes de que tuviese motivos para mentirme, como antes de que yo supiese que existían esos motivos. Como cuando éramos novios, porque fuimos novios aunque entonces no lo llamásemos así, eran otros tiempos y no se estilaba lo de novios, vivíamos juntos simplemente, simple y oficialmente. Hasta que nos casamos porque Marina estaba de camino y mamá se habría disgustado mucho si hubiésemos continuado sin formalizarlo

todo, como ella decía. También se habría disgustado mucho si no nos hubiésemos casado por la Iglesia, aunque entonces no se estilaba, pero como dijo Gonzalo entonces, total ya puestos qué más da. Como antes. Antes de qué. Antes de que Marina viniera, antes de los pañales y los biberones, antes de abandonar el desenfado de aquellos primeros tiempos. Con niños hay cosas que ya no haces o por lo menos procuras que no te vean. Con niños todo es un poco distinto. Con Marina, con Alfonso, con Celso. Todo un poco distinto. Todo volverá a ser como antes, aseguró Gonzalo, y yo, entre lágrimas, lo creí porque necesitaba creerlo. Pero como antes de qué. Fundamentalmente como antes de que me enterase de lo que había estado sucediendo durante años. Y antes de Sandra, y quizá al mismo tiempo que Sandra.

—Todo volverá a ser como antes.

No me atreví a preguntarle como antes de qué. Ni siquiera me atrevía a pensarlo. Gonzalo me mantenía abrazada por los hombros, me acariciaba la nuca enredando sus dedos entre mi pelo, y todo parecía exactamente como antes. Como cuando me decía que le encantaba mi pelo negro y que lo llevase largo, que le gustaba mirar cómo el cabello oscuro y brillante se mecía en olas. Es como internarse en la noche, recuerdo que me decía mientras jugaba con mi melena de entonces, la de antes, la que era negra y brillante sin ayuda de tintes y peluquería. Nada es ya como antes, ni siquiera la melena en que aquella noche enredaba los dedos, ni siquiera la sensación leve de sentir su mano grande jugueteando por mi nuca, el cosquilleo que desciende por el cuello y a veces da hasta escalofríos a lo largo de la espalda. Ni siquiera eso. Pero aquella noche de reconciliación, de perdones, de promesas renovadas, yo le creí. O quizá no, tampoco aquella noche. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saber si en realidad todo había sido

siempre así? ¿Por qué pensar que aquella frase tenía más valor o con-  
tencia más verdad que el resto? Gonzalo también me aseguró aquella  
noche:

—No, lo de Sandra ha sido una excepción. No te tortures más.

Le expliqué que necesitaba saberlo todo, poder reposar en la certeza  
de que no habría más revelaciones. Te lo perdono todo, Gonzalo, pero  
dime si hay más que deba saber, más cosas que nos conciernen. Le lla-  
maba cosas a lo que eran personas, mujeres, porque dolía tanto imagi-  
nar sus rasgos, su calor, sus bocas, sus cabellos, descubrir que eran  
mujeres conocidas, que quizá habían compartido fiestas y reuniones,  
que quizá se habían sentado a mi mesa. Dolía enormemente imaginar  
los dedos de Gonzalo jugando con las melenas que se abandonaban a  
las caricias de sus manos. Sigues teniendo un pelo precioso que me  
vuelve loco, me aseguró aquella noche. Hube de luchar por ahogar la  
imagen del pelo corto de Sandra emergiendo como alambre de espino  
entre mis recuerdos. Sandra lleva el pelo corto, estuve a punto de  
recordarle, ¿lo ha llevado siempre así? ¿no le has pedido a ella que se lo  
deje crecer? ¿no le has explicado que el cabello largo te vuelve loco?  
Pero era una noche de reconciliación, de volver a empezar, de recupe-  
rar lo de antes. ¿Lo de antes de qué?

—No te tortures más, no sirve de nada mirar atrás. Lo que tenemos  
que hacer es mirar adelante y tratar de volver a ser los que éramos.

No lo hacía por torturarme, lo hacía por saber, por conocer la ver-  
dad, por acabar con las incertidumbres y las medias verdades o las  
medias mentiras. Gonzalo fue muy cauto, como siempre, y no  
afirmó que Sandra hubiese sido la única, sino que Sandra había sido  
una excepción. Ni siquiera estaba mintiendo del todo. En algo por  
lo menos las cosas siguen igual.

Nada volverá a ser como antes. No volveré a ser tan ingenua, tan ino-

cente, o tan ignorante, como puntualizó Sandra con esa frialdad de cuchilla de afeitar que parecen tener sus palabras.

—No deberías confundir la inocencia con la ignorancia. Puedes seguir siendo inocente aun dejando de ser ignorante.

Nada volverá a ser como antes, es decir, no volveré a creer que las cosas eran como ni siquiera eran. Ya no confiaré en que las horas extras de Gonzalo sean por trabajo, ni que su sonrisa no esté delatando felicidades turbias, ni que su cansancio proceda del estrés, de la falta de sueño de la noche anterior, del exceso de trabajo, del ya no soy tan joven.

—De tu inocencia puedes seguir disfrutando, pero no de tu ignorancia. Lo que te ocurre simplemente es que has dejado de estar en la inopia.

Nada volverá a ser como no fue nunca, como ese placentero espejismo del que hablaba Sandra.

—Ya somos mayores para creer en los Reyes Magos, Marta. Es mejor enfrentarse con la realidad, hacerle frente, actuar en ella con todos los datos en la mano. Decidir, Marta, decidir por sí mismo, como un adulto.

Sí, mamá, todo va bien, no te preocupes, Gonzalo y yo no nos separamos, todo ha vuelto a ser como antes. Eso es lo que mi madre quiere oír y eso es lo que le digo por teléfono y lo que le repetí cada día la última vez que estuvimos en Toledo para Pascua. Hasta mi madre ha terminado por enterarse, a dos mil kilómetros su oído no ha perdido agudeza.

—Recuerda que estáis casados por la Iglesia, Marta, y que aunque os parezca que esas cosas no son importantes, lo son y mucho. Además tenéis que pensar en los niños.

Mamá, si no hemos pensado en otra cosa. Gonzalo no ha dejado de pensar ni un momento en ellos. La verdad es dura. La verdad no existiría si no hubiese nadie para contarla.



[DANIEL]

LA GENTE SE ACORDARÁ DE AQUELLA CENA por Laura. También es mala suerte, porque estaba quedando todo muy simpático y agradable. Se trataba de despedirse y de pasar un buen rato juntos. Gabriela lo había preparado todo a pedir de boca, como es habitual en ella. Y el regalo fue encantador. De eso se había ocupado Diego. Parece que Gonzalo le echó una mano, más por amistad hacia él que hacia mí, pero se lo agradezco igual. Se fueron hasta Nancy a comprarlo. El marco es precioso. Sólo el marco ya vale el esfuerzo, pero es que, además, el grabado es estupendo. Un plano de Bruselas de principios de siglo, en facsímil y trabajado para que parezca antiguo. Realmente estupendo. Creo que lo vamos a colgar en el recibidor, en cuanto pongamos orden a todo, claro. Las cajas de la mudanza hay que vaciarlas cuanto antes porque si no las tienes ahí para los restos, te acostumbras a verlas y terminan por formar parte del paisaje. Pero toma su tiempo, porque, obviamente, Aurora no lo va a hacer todo sola durante el día, y yo, hasta la noche, no estoy de vuelta, o sea que quedan los fines de semana. Eso cuando no hay invitaciones o visitas. Es lo de siempre, que se te echa el tiempo encima.

La cena estaba quedando imponente. Muy bien el restaurante y muy bien el menú. Lo que Gabriela no consiga, no lo consigue nadie. El vino lo eligió Diego. Y quería más. Contratar a una nena de esas que hacen striptease. Qué diablo de hombre. Pero para Gabriela eso era demasiado, no es el tipo de persona que entiende esas cosas. Y ya le dije, tú deja que Gabriela organice y sobre todo que esté contenta con lo hecho, es lo principal. Qué hombre éste. Parece que lo habló con Gonzalo y quedaron en que mejor no, que quizá al resto de la gente no le parecería bien, sobre todo a las mujeres. Buena se habría puesto un cardo como Sandra, que, por cierto, no sé ni cómo vino a la cena. Le pillaría un día benévolo. O tendría la regla. Diego se quedó con las ganas, porque para esas cosas sigue siendo el mismo de siempre, un gamberro. No es la primera vez que organiza un espectáculo de esos por un cumpleaños o una fiesta. A mí, ya le advertí, no me lo hagas en casa que ya sabes cómo es Aurora. A casa de Alberto llevó a dos. La verdad es que estaban buenísimas y se movían de calentura, pero estábamos todos con esposas y la cosa quedó muy moderada. Aurora no es que estuviese exultante, pero mientras no sea en nuestra casa tampoco le importa demasiado. Recuerdo que hasta se rió cuando Diego inició su striptease, que, claro, no llegó a mayores. Es tremendo Diego.

A Laura sí le habría hecho gracia un numerito así. Laura siempre estaba dispuesta a las mayores locuras. No es que yo lo sepa de primera mano, porque los que la conocían de antes eran Diego y Gonzalo, sobre todo Diego. A lo mejor Gonzalo también, pero yo con él siempre he tenido menos relación. Aurora dice que Marta se cree algo, que lo suyo siempre ha de ser lo mejor, sus vacaciones, su barco, sus niños. Yo creo que exagera, porque Marta es muy agradable y una perfecta anfitriona. Las cenas en su casa son excelentes. Es una mujer muy fina y muy cordial, aunque acaso, sí, un poco estirada. Laura me decía que Marta, en

realidad, se escribe con hache. Dónde, a la inglesa, le preguntaba yo, no, me respondía, en lugar de la eme. Laura era muy ingeniosa, muy maliciosa, no la clase de mujer con la que te casas pero sí de la que te gusta ser amigo, incluso, y sobre todo, cuando no está tu esposa delante. Con Laura tenías la impresión constantemente de que quería algo contigo, o de ti. Lástima que terminase así, y lástima que ocurriese precisamente aquella noche. Alguien me dijo que, para lo del striptease, Laura había propuesto un travesti. Laura siempre tan pasada y loca. Quién lo iba a pensar. Y quién le mandaría salir al jardín a tomar el fresco. Aurora insiste en que, a lo mejor, iba a tomar otra cosa. Aurora es un poco asustadiza con el asunto este de las drogas, probablemente pensando en los niños, pero ya le he dicho que no hay motivo, que no hay más peligro ahora que hubo antes y que lo principal es cómo se educa a los hijos. Ése es el mejor seguro. Además, que una locurilla la cometemos todos. Y más de una.

Todo acabó tan mal. Podíamos haber continuado hasta las tantas y en cambio las cosas se torcieron de mala manera. Ya le había dicho a Aurora, no me esperes levantada que, como la gente se ponga, acabamos mañana por la mañana. Y a eso íbamos, a seguir, que no se despide uno todos los días. Qué horror verla allí, o más bien entreverla, porque yo llegué de los últimos al jardín. Me había quedado hablando con el *chef*, dándole las gracias por la velada y por la excelente comida. Para ser Luxemburgo les había quedado muy bien. Casi me lo tuvieron que contar porque yo, al principio, no veía nada ni entendía lo que había pasado. Y tuvo que ser Gabriela, otra vez, la que cargase con lo más duro. Qué disgusto se llevó la pobre. El otro día, cuando la llamó Aurora, le contó que no lo olvida, que todavía tiene pesadillas, y que le da miedo que aún no hayan detenido a nadie. Gabriela está convencida de que fue un crimen. Gabriela es de esa gente a la que sientes dejar atrás. Aurora

la quiere mucho. Me lo repite casi a diario, qué lástima que Gabriela no pueda venir también a Bruselas, seguro que le venía bien el cambio. No lo dudo, pero Gabriela es mujer de pocos ajetreos. Le gusta lo conocido y tener unos puntos de referencia claros y fijos. Por lo visto hay cierta inquietud entre la gente, unos porque no encuentran al asesino y otros porque la policía no deja de dar la lata con sus preguntas. En Luxemburgo, va para largo. Se rumorea que Gonzalo está teniendo problemas familiares por eso. No sé qué tipo de problemas, pero Aurora está segura de que por Vanesa y Jorge nos enteraremos de algo cuando vengán a vernos dentro de dos semanas. Vanesa es muy amiga de Marta, y si alguien hay que tenga acceso a la casa de Gonzalo son ellos dos. Quedan muchos fines de semana y hasta van a esquiar juntos en la «semana blanca». Ellos tienen que conocer un poco la situación, otra cosa es que lo quieran contar. Claro que en cuanto acabemos con la primera botella de Rioja, seguro que nos ponemos todos más locuaces. Vanesa no necesita mucho para hablar. Yo creo que nació hablando y no parará hasta el último día.

Lo de Laura fue una pena. Quién iba a decir que podría pasar algo así en Luxemburgo. Para una mujer como Laura que había recorrido tanto resulta irónico terminar tan de mala manera en un sitio tan tranquilo. Para que te fíes. Claro que Laura no era la persona más indicada para estar en Luxemburgo, demasiado juguetona, demasiado inquieta. Y eso que ya debía acercarse a los cuarenta, si es que no los tenía. Aurora se enfada siempre porque, dice, los hombres nos imaginamos que las solteras son más jóvenes que las casadas cuando, a fin de cuentas, se gastan más, porque están todo el rato que voy que vengo para tratar de cazar marido, que es, en el fondo, lo que quisieran. Diego dice que las mujeres, las de los demás claro, deberían permanecer solteras hasta bien pasados los treinta, porque tienen mucha marcha y muchas ganas de

juerga, pero que luego, más tarde, se agostan y se mustian. Con Diego ya se sabe. Laura habría estado mucho mejor en Bruselas, que es más ciudad y un sitio más acorde con sus necesidades y aspiraciones. Laura tenía un gran encanto, y eso a pesar de aproximarse a la edad límite que les pone Diego. Pero qué digo, aproximarse, qué barbaridad, si Laura ya no se aproxima a nada. Qué injusto que se quedase en el camino. Era una chica que todavía podía haber conseguido mucho.



[MUCHOS]

VENGA, QUE HABLE.

Sí, eso, el discurso.

Oye, pero no lo hagas muy largo, que luego vienen los cafés.

Ya sabéis que nunca me extiende mucho.

Todos estos años sin enterarnos.

Además, porque insistís, que conste.

Eso, que a ti no te gusta hablar.

Oye, ¿dónde se ha metido Laura?

¿Por qué no nos traen primero el café?

No fastidies, que entonces a Daniel le da más tiempo y no nos vamos de aquí nunca.

Oye, que si no queréis, no hablo, que a mí los discursos no me gustan. Cuando me despedí de la empresa de seguros hace quince años, no dije ni una palabra. Bueno, la verdad es que ni tan siquiera me dieron cena.

Eso lo explica todo.

Me parece que quería hablar por teléfono.

Pues se le ha estropeado el postre. Le podíamos haber dicho al camarero que se lo sirviera después.

¿Dónde se habrá metido?

...eso fue el primer día de mi estancia en Luxemburgo...

Daniel, que han sido diez años, ¿vas a ser tan minucioso con el resto?

No le hagas caso, Daniel, que a Natalia lo que le gustaría es poder echar ella el discurso, aunque no fuese de despedida.

Pues os advierto que tengo buena memoria para algunas cosas. Pero para que veáis que soy bueno, no os voy a contar el segundo día. Voy a pasar directamente al tercero...

Desde luego, para cuando acabe, habremos hecho la digestión.

Mujer, si es su última noche como aquel que dice.

Ni que fuese Jesucristo.

...siempre le agradeceré a Diego que me recogiese en su coche. Me estaba congelando literalmente en la parada del autobús. Mi pobre coche madrileño no había resistido las gélidas temperaturas de Luxemburgo y le había dado por abandonarme aquella misma mañana. Diego y yo nos conocíamos de antes, de cuando éramos más jóvenes y más alocados. Pero no os voy a contar ahora lo poco serio, lo golfo, que era a los veinticinco años un hombre tan serio como Diego...

Hombre, sí, mira tú, ahora que se podía poner interesante...

Nada de censuras, Daniel, que no hay niños cerca...

...no, ésa es otra historia, ¿verdad Diego?, ahora nos íbamos por Luxemburgo y sus inviernos. Y por ahí aparece Gabriela que siempre ha sido como un cielo abierto en medio de las nubes...

Uy, se pone colorada.

...pero es verdad que cuando a uno se le acumulan los trámites y las averías, sienta bien encontrarse a alguien como Gabriela tan dispuesta a



ayudar y tan eficientemente. Si Aurora estuviese aquí, te diría lo mismo, ya lo sabes...

Si Aurora estuviese aquí, la mandaría a los recados sin recato alguno por la hora.

...tengo que decir que en Luxemburgo he seguido siendo amigo de mis amigos y he conseguido algunos tan buenos como los de antes. Tulio es uno de estos casos... y Antonio... y Luis... y Sacramento... y Rafa... a mí me gustaba vivir en Luxemburgo, de verdad. Después de unos cuantos miles de lugares en el mundo, es mi ciudad favorita... en Luxemburgo han venido al mundo mis dos hijos y he vivido unos buenos años. Nada contra esta ciudad. Pero ahora...

Ahora Bruselas, nos abandonas por Bruselas, pues para no disgustarte esto...

Pero a los que os quedáis no os voy a decir lo contrario...

Qué considerado...

El problema con Daniel es que uno no se da cuenta de que está mintiendo o en qué...

Ni cuándo digo la verdad...

Eso es más fácil, Daniel. Nunca.

Pues sí, os lo aseguro, siempre recordaré Luxemburgo con afecto y a vosotros os llevaré en el corazón, y eso aunque a veces recuerde alguna de las faenas que me hicisteis...

O que nos hiciste tú...

Bueno, ésas con que las recordéis vosotros ya vale. En cualquier caso, no nos perderemos de vista y mantendremos el contacto. Bruselas está a la vuelta de la esquina y siempre seréis bienvenidos. Así que nada de adioses ni de despedidas. Será lo de siempre, pero en otros pasillos. Un abrazo a todos.

Pero bueno, y esta mujer qué hace, ni que se hubiera perdido.

A Laura no le gustan los discursos.

¿Los de los demás, quieres decir?

Daniel, ¿y cuándo os dan la casa nueva?

Pues dentro de...

Además es que habéis tenido una suerte bárbara. Me dijo Aurora que fue la primera que visteis, y que...

Pues sí, vista y elegida. Nos mudamos dentro de un mes. En cuando pintemos. La casa está recién renovada.

Me ha dicho Aurora que tiene un salón precioso...

Cuarenta metros, sí. Y unas molduras muy aparentes, bueno, ya irás por allí supongo.

No me lo digas dos veces que ya sabes que a Manolo no le da ninguna pereza conducir y se planta allí enseguida.

Pues cuando queráis.

Oye, lo de Laura vamos a tener que terminar pagándolo nosotros.

No hombre, ya aparecerá.

Pues medianoche ya es...

Mira, déjate de historias que a Gabriela lo que le pasa es que le encanta servir. Y a Aurora dejarse servir, claro.

Mujer, no sé...

Pues yo sí, hasta los paquetes de pañales de los niños iba Gabriela a comprárselos con el coche al quinto pino porque eran más baratos...

Pero eso era cuando Daniel estaba en Estrasburgo.

Y qué pasa, ¿que su señora sólo sabe conducir a las fiestas pero no a los supermercados?

Laura no...

¿Y tú crees, Daniel, que saldrá algún otro puesto?

## [SILVIA]

UNAS VECES HACE UN FRÍO INTENSÍSIMO que se traduce o no en nieve. Frío intenso y seco con cielo despejado y sol por el día, luna y algunas estrellas por la noche, o bien frío intenso y húmedo con precipitación en forma de nieve. Puede parecer que el mundo está en su sitio y que tan sólo hace falta abrigarse, cubrir los huecos por los que el aire helado se cuela, lucir bufandas o sombreros, los bonitos que apenas tapan ni cumplen su objetivo, o los feos, los gorros de lana que dejan expresión estúpida y rostro de subnormal escapado o de paseo, apretar un poco los dientes o declararse encantado de que, al menos, haya salido el sol. O puede parecer que el mundo ha muerto y una mano piadosa lo ha cubierto con un cristalino sudario blanco. Los amantes de los deportes invernales acogen la nieve como una buena noticia, como si la Naturaleza pusiese la pista por la que ellos han de lucir destrezas y ridículos trajes de colores. Cuando el frío se resuelve, suele hacerlo en forma de aire templado y húmedo que trae lluvia y temperaturas más clementes. La lluvia de primera hora tapiza el suelo enfriado durante días de una fina e insidiosa capa de hielo. Luego todo se arregla, al cabo

de las horas, ocurridos ya todos los accidentes y todas las caídas. También puede resolverse el frío con un frente similar, templado y húmedo, pero acompañado de vientos fuertes, huracanados en el peor de los casos. El resultado es el mismo más algún tejado descompuesto, un árbol caído que no soportó la embestida, y otro par de accidentes más, embajadores de un destino estúpido. Luego hay días de sol intenso y calor húmedo, en verano, julio y agosto, pero siempre interrumpidos por períodos grises y lluviosos. El calor tan deleitoso para algunos es igualmente insoportable, pero normalmente menos peligroso que las lluvias heladas o los temporales. Un año sí y otro también, los fenómenos se suceden. La gente con buena memoria compara un junio con otro, una nevada con otra, un invierno clemente con otro. Pero yo no puedo. Todo termina por confundírseme, el agua, el sol, los días y las noches. Todo terminará por confundirse acaso en un único día muy largo. Tampoco importa mucho. En ocasiones hay cenas de despedida, durante las que llueve o no, nieva o no, el viento derriba árboles o tan sólo se muestra como brisa benévola. La noche que murió Laura hubo una breve y casi fulgurante tormenta de verano. O de anuncio de verano. Aquella noche...

Esta noche iré donde vayáis todos, les contesté. Esta noche, pensé, vamos a ir todos al mismo sitio. Para esta noche, la fiesta ha concluido. Saber es poder, y conocer lo que los demás ignoran proporciona una precaria superioridad. Acaso el saber ya te haga culpable, y nadie quiere ser culpable, ni responsable de la pérdida de la inocencia ajena. Esta noche no será como otras noches, y yo sé lo que todavía ignoráis.

Iré a donde vayáis, les dije con la plena seguridad de que no íbamos a ir muy lejos, de que nos quedaríamos clavados a la salida, de que no podríamos movernos. Les habría prometido viajar aquella misma noche a China, al desierto, a Kartún hundiéndose en la arena, al Tíbet, a la

Luna. Les habría asegurado que yo misma dirigiría la expedición, que yo me encargaría de ahuyentar los malos espíritus o de negociar con la guerrilla. Qué fácil resulta hacer promesas que no se van a cumplir, promesas que se saben superfluas, innecesarias, imposibles. Alguien dijo Silvia no es muy de ir de copas; pero pude, con toda tranquilidad, asegurar que esa noche sí, que me apetecía mucho, sabiendo que nadie bebería una gota más, sabiendo que la fiesta había concluido incluso mucho antes de pagar la cuenta, que el tiempo de bajar las escaleras y remolonear entre las mesas era ya tiempo de descuento, tiempo de prórroga.

Podía haberles prometido la locura y el desenfreno, un *striptease* en honor a Daniel. Les podría haber prometido este mundo, el otro mundo, cualquier cosa. Pero no hay que exagerar nunca, ni dejarse llevar por impulsos peligrosos. La normalidad se suele romper en añicos cuando es más normal. Entonces es cuando los añicos son más pequeños, más arbitrarios, más insidiosos. La normalidad se rompe mejor cuando es normalidad. Cuando en una cena de despedida de un compañero y amigo se cena y se bebe en una atmósfera de cordialidad, cuando todas las palabras pronunciadas son parabienes y buenos deseos. Cuando pagar la cuenta, bajar por las escaleras, buscar las llaves del coche, dar las buenas noches son hechos que se suceden naturalmente los unos a los otros. Como si las cosas sucediesen naturalmente. Como si hubiese una manera más natural que otra de que sucediesen las cosas. Saber lo que se esconde tras una puerta cerrada no le resta emoción a la sorpresa. Saber es la principal fuente de placer que existe, aunque el saber ni siquiera apaga el miedo. Todos sabemos que nos vamos a morir y ya se ve que eso no calma ninguna inquietud. Saber qué o quién se encuentra al final de la escalera, en el aparcamiento del jardín, hundido en la sombra que el seto proyecta, la sombra en la sombra de la luz

lechosa de la farola, saber cómo se desarrollarán los próximos minutos y las próximas horas, saber y poder utilizar lo que se sabe.

La inquietud se me había parado en la boca del estómago, en el frío de la piel, en el empeño en disimular lo especial del momento. En disimular incluso esa especie de alegría salvaje que precede a la catástrofe conocida. Me pregunto si no será ese gozo de saber lo que otros ignoran y poder dirigir sus pasos lo que lleva a mucha gente al crimen. Saber quién es la víctima y conocer al asesino, determinar cuántas víctimas, prever el descubrimiento, el miedo de los demás, saberlos perdidos y en tus manos. No solamente conocer la verdad, sino ser capaz de crear la verdad, aunque sea una verdad malsana y podrida. Mejor si además se es inocente precisamente por ausencia de culpa, por falta de intervención en los hechos. Iré con vosotros, les dije, sabiendo que aquella noche ya no iríamos a ninguna parte.

[ELENA]

ME LLAMÓ ANA PARA DECÍRMELO. Va y me dice cágate lorito ¿a qué no sabes lo que ha pasado?, que ha muerto Laura. Así, tal cual, con increpación intestinal y todo, como si fuese algo que venía en la prensa. No sé si es que no lo siente o que es su manera de hablar, tan directa ella como un proyectil, pero también podía haber encontrado una forma menos festiva de comentar la noticia. Al fin al cabo conocía a Laura. Me dijo que se había muerto, sin más, que es lo que le habían contado, supongo que sería Gabriela o Sara, que fueron a la cena. Luego añadió muy misteriosa que a lo mejor la habían matado, que había sangre por todos sitios, pero que alguien había dicho que lo más seguro es que fuese un suicidio. Que se había cortado las venas. Pues eso no parece un crimen, le dije, cortarse las venas es más bien lo que hace un suicida, aparte de que sería muy poco probable que venga alguien y te diga, a ver esas muñecas, saque la navaja y te liquide. Ana no sabía mucho entonces. Claro, era sábado todavía. Luego en el periódico lo dijeron, degollada, que también se podían haber ahorrado los pormenores, y encima sacan la noticia en francés y se entera todo el mundo, porque si hubiera

sido en alemán, pues la mitad ni se percata. Aunque aquí todo se sabe. Porque supongo que no serían muchos los que compraran el periódico, con uno basta, ése se lo lee y ya lo sabe medio mundo. Dice mi marido que las mujeres no se matan cortándose el cuello, que son menos violentas que los hombres y eligen medios más sutiles, como las pastillas. Pero si no tienes las famosas pastillas, ya me dirás, no te vas a meter un tubo de vitamina C. Mi marido dice eso porque quiere, supongo que será por las novelas policíacas y las películas. Pero es que me dijo Ana que encontraron a Laura junto al coche de Daniel, ¿es verdad eso? porque vaya susto, ¿no?, y cada vez que te montas en el coche, pues te acuerdas de la escena, qué horror.

—¿Y por qué no le has dicho que estuviste en la cena? —preguntó mi marido.

—Con lo que estaba disfrutando Ana creyendo que me descubría el Mediterráneo. La gracia de un buen chismorreó es llegar el primero.

Claro que Ana no estaba allí. ¿Os acordáis cuando dijeron que Alicia estaba embarazada? Pues hubo hasta quien aseguraba haber visto el bebé, y ya ves, ni embarazo ni Cristo que lo fundó. Como acababa de divorciarse, la gente la embarazó. Lo mismo alguien dijo, pues mira que si ahora se queda embarazada, y el siguiente ya lo dio por seguro y así hasta el parto. Lo que no sé es si llegaron a ir al bautizo, aunque como la chica es muy exquisita a la hora de invitar, pues todo el mundo supondría que no estaba en la lista. Pues con esto igual. Muerta está, de eso no hay duda, la pobre Laura. Aunque es raro que se cortase las venas, o sea las muñecas y luego la emprendiese con la yugular. Le parecería un poco lento. Qué horror, no deberíamos hablar así. Al fin y al cabo todos la conocíamos. Hay quien dice por ahí que se veía venir. Hay gente para todo, hasta para saber lo que se avecina. Alguna marujilla envidiosa que se complacerá pensando que el vicio se paga. El vicio de



estar soltera y no ser un callo, el vicio de gustar a los señores en vez de tener la exclusiva del asco de tu marido. Así que se veía venir. Ya sabes, que van como van y pasa lo que pasa. Hay que fastidiarse con el argumento. Ni que hubiese sido alpinista. Pues eso me comentaron el domingo. Una señora muy fina con un marido alto cargo. Ella dice que el marido es alto cargo. Alto sí que es, pero el cargo no sé si le llega por la rodilla. Pues la señora esta tan fina de la que no voy a dar el nombre decía que no sé quién le había dicho que claro en esta chica se veía venir. Pura orgía y desenfreno, supongo. Se lo diría en misa me imagino. En la iglesia se está más iluminada y se ven visiones. Estuve a punto de preguntarle a la señora fina si es que tenía contactos con el más allá, pero seguro que su médium vive en la acera de enfrente, en casa de alto standing. No, el marido alto no es de la médium, sino de la señora fina que os digo. Pero si la conocéis seguro. A ella también se la ve venir. Está un poco gorda. El marido en cambio parece un espíritu. Yo digo si lo parasitará la mujer. Un parásito de lujo. Las uñas no las emplea ni en pegar sellos, no sé ni cómo puede llamar por teléfono. Pues estas señoras ya han dictaminado que lo de Laura se veía venir, por el tipo de vida, dijo ésta. Ella, por el tipo de vida, se morirá de un atracón de pasteles. O de un sarténazo que le propine un día el marido, antes de consumirse a lo largo. Total, que el notición, en palabras de Ana, es que Laura murió violentamente, desangrada según parece, y aquí es donde comienza a operar la fantasía de la gente, así que nos quedaremos sin saber nada, pero nos hincharemos de rumores inventados y malignos. Tampoco sería la primera vez.



[SANDRA]

*Arlon*

AHORA NOS PRECIPITAMOS camino de Arlon, como si nuestro destino fuese llegar a Arlon, detenernos unos minutos, acoplar más tren al nuestro, dejar que bajen pasajeros, que suban pasajeros, si es que a estas horas se le ha perdido algo a alguien entre Luxemburgo y Arlon, o entre Arlon y cualquier otro sitio. Si es que este tren tan internacional se detiene en Arlon. Nos detendríamos si viajásemos en el tren de las 7.27, con su simulacro de velocidad desenfundada, de velocidad de tren internacional que se queda un poco corto de su estatus, un poco escaso de velocidad y europeísmo, y, sin embargo, mucho más rápido que el Madrid-Segovia de otros tiempos, mucho más rápido acaso porque entre Luxemburgo y Arlon no haya ni una sola cuesta, acaso porque, después de todo, no sea tan lento como a mí me ha parecido siempre, y, en cualquier caso, es un lujo recorrer el trayecto entre estas dos estaciones en expreso internacional y no en tren tranvía, que también los hay, trenes pintados de rojo mate, con la falta de lujo y de brillo del tranvía, trenes antiguos

porque total en veintitantos minutos han completado el recorrido. Y eso no tiene nada que ver con la aldea global, aunque, dicen las malas lenguas, por aquí se pusieron las gentes tan contentas con la idea, se dijeron mira qué bien, ahora todo el mundo va a ser como Luxemburgo, todo el globo una aldea, todo el planeta un prado con vacas y casitas y carreteras vecinales y, si no hay más remedio, alguna que otra autopista, todo el orbe un pueblecito con su plaza mayor y su catedral y su teatro y su piscina municipal y su caja de ahorros, el nuestro con más cajas de ahorros que los otros pueblos, y su cementerio primoroso, con sus tumbas ya adquiridas y todavía vacías, *Familie Hoffmann* y ningún nombre entre dos fechas, todavía no, pero es mejor preverlo todo y adquirir la sepultura antes de que la familia, quizá recién fundada, empiece a desmoronarse, antes de que se inicie el goteo de muertos que constituye la vida y la historia de cualquier familia, nueva o no, autóctona o recién llegada a la aldea capitalina. Porque hasta como centro financiero, digo yo que se parece a un gran calcetín tradicional, a una hucha enorme en forma de vaca oronda, a un guardar los cuartos debajo del ladrillo campesino, a una faltriquera modernizada e informatizada, una faltriquera con elefantiasis en la que cabe todo, el dinero limpio, y el sucio, y el a medio lavar, y el a medio ensuciar. Pero esto, claro, lo digo yo porque quiero, camino de Arlon a centelleante pasito quedo, porque en realidad nunca me he interesado mucho por el país y sus huchas, por el país y sus habitantes, por algo más que los efectos del país en sus otros habitantes, en los habitantes de importación y exención de IVA, y, sobre todo, en los españoles trasplantados, en los infelices como en los satisfechos. No me ha interesado mucho más que anotar los efectos secundarios del buen sueldo, benéfica medicina donde las haya, potente remedio para todo menos para la falta de talento. Así que entre Luxemburgo y Arlon me permito reflexionar gratuitamente y sin datos, porque

supongo que Luxemburgo-Arlon ha de ser un tramo poco reflexivo, porque dudo que navegando por estas vías férreas hayan surgido a la luz potentes reflexiones, geniales ideas, sorprendentes descubrimientos, porque temo que, si las autoridades se enteran de que es posible pensar entre Luxemburgo y Arlon, lo mismo quitan el tren, borran el trayecto y eliminan el recorrido del mapa y de las conciencias, por peligroso, por inquietante.

Entre Luxemburgo y Arlon no pasa nada, ni siquiera se secan las lágrimas, o sus productos sustitutivos interiores, las lágrimas que se lloran para adentro porque hay que evitar los espectáculos y las manifestaciones de afecto sin objeto inmediato, porque no voy a alarmar a los dos viajeros que comparten la promiscuidad del viaje ni a despertar su curiosidad; las lágrimas que no puedo derramar ahora por aquello de las formas y los modales y la discreción, y que me dará miedo derramar más tarde, cuando llegue, por fin, a mi nuevo piso y me encuentre sola, y el dolor rebote por las paredes como un grito de ayuda en el vacío. Pero los viajeros no se merecen la escena teatral de un buen llanto, una exhibición inadecuada de pena. Los viajeros son suecos, me ha costado darme cuenta, localizar su lengua y determinar por qué entiendo algo, palabras sueltas, expresiones aisladas, pero sería absolutamente incapaz de decir una sola palabra. Me ha costado un tiempo tonto, impropio de tanta experiencia profesional y tanta familiaridad con las lenguas comunitarias, establecer que era precisamente sueco y no neerlandés, como sería de esperar en un tren que se encamina a Bruselas, como podría suponer de una lengua de la que entiendo algo, menos de lo que me gusta confesar, pero no puedo formar ni un sonido inteligible, y cuando he entendido una frase con sentido me pongo muy contenta, pero sería incapaz de explicar cómo he llegado a esta comprensión, qué palabras me han guiado hasta la información, por qué he entendido eso

pero no la frase siguiente ni la anterior. Mis compañeros de departamento son suecos, como podía haber empezado a intuir nada más verlos, nada más verla a ella sobre todo, una mujer de cuerpo joven y rostro que delata la treintena bien avanzada o una piel muy erosionada, un cuerpo macizo, repleto sin perderse por la obesidad, una mujer grande sin superarme mucho en altura pero sí en volumen, una mujer fuerte de piernas bien torneadas y robustas, un poco a lo Tiziano pero con más bicicleta o más senderismo o más gimnasio o una dieta acaso más equilibrada; una mujer de energía contenida y pocos complejos, se diría que feliz en su cuerpo, en sus decisiones, en su papel en la vida, feliz con su portafolios y su bolso escueto y su maletita apretada que habla de un viaje corto pero seguramente con noche incluida. O será que la noche ha sido en Luxemburgo y regresa a su puesto en Bruselas, quién sabe, no tiene signos distintivos de una u otra posibilidad. A él puedo observarlo menos porque se sienta opuesto a la marcha, como yo, apenas he podido distinguir unos rasgos juveniles, una cara aniñada acaso por las gafas, acaso por una cierta redondez de las facciones. También he visto un portafolios, ya va siendo hora de que me compre uno, de que abandone las carpetas de cartón o las bolsas de plástico de cualquier gran almacén para mis viajes laborales, que también los tengo a veces no se vayan a crear los suecos que yo sólo viajo cuando me mudo de ciudad, que yo sólo viajo con un paquete de pañuelos de papel para enjugar las lágrimas que no dejo escapar, que yo sólo viajo con el corazón roto huyendo de mí misma, huyendo de las decisiones que acabo de adoptar, huyendo hasta de la propia huida. Debería comprarme un maletín de piel y cierres dorados, un maletín color burdeos o simplemente negro, un maletín de marca y con la marca bien visible en el que encerrar los valiosos papeles que bailan normalmente en cartones que no cierran y en bolsas que contienen botellas de agua, horarios arrugados, y hasta

lápices sin punta. Debería abandonar los hábitos de la estudiante que ya no soy y adoptar los de la funcionaria camino de la cuarentena que sí soy, la profesional que ha de venderse bien, que ha de tomar ejemplo de otras que se venden estupendamente, que se pijo venden de maravilla, que son todo lo que yo no he querido ser nunca, que poseen todas las cualidades que yo siempre he detestado, que cortan la leche del café cuando hablan de sí mismas y sólo hablan de sí mismas, con su ego invasivo, su pijoego competentísimo que expulsa el filo de la autocritica, que dinamita el filo de la crítica, que acalla todas las voces menos la propia. Debería comprarme el portafolios y un ego grande, pero a lo mejor ya es tarde, o ya es inútil, porque el traslado lo he conseguido sin maletín y fingiendo un ego que no poseo, y a él ya no he de hacerle caso. A él ya no he de convencerlo de nada, ni sentirme mortificada por sus comparaciones, ni tratar de aclararle mis inclinaciones. Él ya no podrá ponerme delante el espejo de las comparaciones. De él me basta con llevarme la pequeña herida, tú deberías hacer como ella, otra enana blanca del firmamento, venderte como ella que está tan bien situada en su carrera, (por cierto, en grado inferior al mío pero aparentemente con más mérito por lo menos de *marketing*) me basta con llevarme la pequeña frustración por no haberle preguntado si eso se lo aconsejaba también a su esposa y a las esposas de sus amigos, a las que quizá les haga falta, que una mujer casada tampoco ha de extraer toda su identidad del libro de familia, que aunque sus posibilidades profesionales, por lo general, sean más reducidas que las nuestras, a veces a causa del desplazamiento que las deja en el semidesierto laboral, a veces porque en cualquier sitio serían personal subsidiario, por no decir subalterno, tampoco hay que despreciarlas, ¿o es que la gran venta ya la hicieron en su momento y el marido fue el afortunado comprador? Me basta con llevarme la frustración y el alivio que me producen no haber sido

insultante, frustración y alivio porque lo que se pierde en violencia acaso se gane en respeto por uno mismo, alivio porque se evitó un daño absurdo, frustración porque la niña pequeña se quedó sin romper el plato de la ira, alivio porque golpear civiles no está bien visto ni en la guerra y ya es llevar la ética al terreno en el que todas las éticas saltan hechas añicos, y hasta ahí está mal atacar el jardín de un inocente. Alivio porque él no puede evitar ser quien es ni admirar lo que admira, porque él no es culpable de ser como es y acaso yo sí lo sea por haberlo amado así, en su versión real y en todas las versiones que a mí se me ocurrían factibles, por haber amado lo que era y lo que podría haber sido y hasta lo que él decía que era en algún lugar de su corazón, en algún sendero perdido de su pasado. Acaso sea mía la culpa, en todo caso es mío el dolor, este dolor que cubre como una fina película los raíles hasta Arlon.



[GABRIELA]

QUÉ HORROR VER ALLÍ a la pobre Laura, tirada en el suelo en medio de aquella mancha rara, sin moverse ni responder. No se me quita de la imaginación el charco negro, sin color de puro negro, más negro que el negro de la noche. Sueño con ella, la veo en el restaurante, haciendo su entrada con el vestido de flores, japonesas según explicó luego, y la pamelita, el atuendo más espectacular de todos los presentes. Todos diciéndole, Laura pero qué guapa estás, y ella disfrutando tanto los cumplidos y los halagos. No todos serían sinceros, porque hay gente con muy mala idea, pero la verdad es que estaba guapa. Que no hacía falta ir tan de gala es cierto, pero a ella le gustaba destacar, y desde luego sabía hacerse valer, tenía gracia para eso. Iba maquillada, bien y sin exagerar, y como siempre con un perfume que le iba al carácter, a la piel y hasta a la sonrisa, puede, eso sí, que como dijo alguien, en una dosis excesiva. Había quien la llamaba la chica ambientador, porque dejaba perfumados los pasillos según pasaba. Pero bueno, es que la gente es así y a veces no sabe apreciar el lado bueno de los demás. Y mira que Laura no era amiga mía. Yo con Laura no habré hablado más que lo normal

en el trabajo, los buenos días, y qué tal el fin de semana y dónde has estado de vacaciones. Sobre todo la veía, porque a Laura nadie podía dejar de verla, pero desde luego no éramos íntimas. Recuerdo que una vez coincidimos en casa de Daniel y Aurora, en una cena, y ahí sí estuve muy simpática conmigo. Me contó un montón de anécdotas de su viaje a Nueva York y me pasó el nombre de una crema hidratante que es un poco cara, pero va de maravilla. Laura sabía un montón de esas cosas. No éramos exactamente amigas, pero le tenía aprecio. Creo que era una buena chica, mejor de lo que muchos piensan.

Y ahora sueño con ella, tampoco todos los días y ya un poco menos. Es horrible. Al principio es que me daba miedo meterme en la cama, porque era cerrar los ojos y ya la tenía allí delante, en su vestido de flores y arrumbada en el suelo, empapada en su propia sangre. No se me olvidará nunca ese silencio que salía de ella, a pesar del ruido de la gente y de los gritos, la alarma, su cuerpo era puro silencio, un silencio que se oía por encima de todo. Para la organización de la cena también hablé con ella unas cuantas veces. Venía a preguntarme y hacía sugerencias. Me daba un poco de cosa contárselo, porque Laura tenía un no sé qué de superioridad que te daba la impresión de que iba a criticarte y a echártelo todo por tierra. Pero me decía, estupendo Gabriela, ya verás qué bien sale, con lo que estás trabajando. Sola era menos ¿cómo diría? arrogante. Se le veía el lado humano, que ese lo tiene todo el mundo digan lo que digan. Cuando estaban presentes Diego o incluso Daniel, daba la impresión de crecerse, de tener que ponerse a otra altura. Yo me sentía entonces un poco cohibida, porque hablaban de otros tiempos, dejaban caer cosas que yo nunca he hecho ni visto, en fin, yo es que soy un poco mojigata, por así decir. Con Daniel y Aurora no, con ellos me siento en la gloria, como de la familia. Aurora me lo ha dicho un montón de veces, Gabriela tú eres como de la familia. Y es que en Luxemburgo,

como estás lejos de todo y de los tuyos, pues terminas haciéndote casi una nueva familia, que no es lo mismo claro, pero ayuda mucho cuando no tienes a nadie cerca. Y Aurora y Daniel han sido eso para mí, mi familia luxemburguesa. Lo siguen siendo, pero ahora están más lejos. Bruselas estará ahí al lado, pero no te ves tan a menudo, qué va.

A mí es que se me partió el corazón cuando Daniel me dijo que se iba. Lo comprendo porque era un puesto mejor que a él le convenía más, pero me había hecho a la idea de que estarían aquí para siempre, ya ves qué tontería, con lo que cambian las cosas. Es difícil esto, es muy difícil. Porque quieras que no nunca verás Luxemburgo como España. No son sólo las diferencias más inmediatas, el sol o las calles con gente, o la comida, hay más, que no has nacido aquí, que no tienes recuerdos, que has perdido de vista a las personas que conocías y que querías, a la familia. Y aquí pues nunca te haces del todo, yo por lo menos. El idioma que no es el tuyo y las costumbres que no son las tuyas. Luego tienes que hacer amistades desde cero, y eso lleva su tiempo. Entre españoles no tanto, pero aun así. Hasta que conoces a las personas, te llevas más de una decepción, y como estás tan necesitada de hablar y de tener amigos, no es raro que te precipites, que escojas como no habrías escogido en España. Con Aurora y Daniel me di cuenta de entrada de que eran personas como es debido, que con ellos podía tener amistad, que se podía confiar en ellos. Aurora estaba la pobre tan angustiada al principio, con los críos pequeños y la casa por poner, además de que vinieron en invierno. Aurora es muy de ir donde va su marido porque para ella la familia es lo primero. Así que ni se les ocurrió eso de que Daniel viniese solo y luego, en primavera o en verano, que se reunieran todos. Un fin de semana, creo, es todo lo que estuvieron separados. Aurora es muy como Dios manda. Así que yo encantada de echarles una mano. Aurora no ha olvidado nunca aquellos primeros tiempos. Gabriela lo

que tú has hecho por nosotros a veces no lo hace ni la familia, me ha dicho un montón de veces. Mi hermana me advierte a veces, que tú es que eres muy buena y la gente se aprovecha de ti, pero qué sabe ella si ni siquiera los conoce. Aurora y Daniel no. En otras ocasiones me ha ocurrido que yo he dado mucho y la gente se ha puesto a recibir y recibir como si se lo mereciera, y luego ni las gracias. Pero Aurora no es de éstas. Ni Daniel. Yo creo que cuando tienes que ayudar, ayudas, sobre todo a los amigos. No ha faltado gripe en que Aurora no me haya llamado para preguntarme si necesitaba algo. Siempre le he dicho que no porque era verdad, y porque ella ya tiene una familia a la que atender. Pero si me hubiera hecho falta algo, sé perfectamente que habría podido recurrir a ellos.

Laura no se me borra de la imaginación. Ya lo dijo Daniel, Gabriela de todas las personas es a ti a quien querría haberte ahorrado ese mal trago. No sé si llegué a pisar la sangre, pero durante semanas estuve limpiándome la suela de los zapatos casi sin darme cuenta, y me daban asco todas las cosas viscosas. Se juntó todo, la partida de Aurora y Daniel, el sofocón por lo de Laura. Ten cuidado no te vayas a pillar una depresión, me advierte Isabel, pero es que ella es muy aficionada a las depresiones, coge una cada vez que no le apetece venir a trabajar, y ya se sabe, cree el ladrón que todos son de su condición. No soy yo mujer dada a tenerme pena ni a mirarme el ombligo como si no hubiera nada más alrededor. De eso tiene mucha culpa que la gente ya no tenga fe ni convicciones religiosas, sin nada en que apoyarse y sin encontrarle un sentido a lo que sucede no es extraño que acaben mal, tomando pastillas y contando tonterías al psiquiatra. Lo único que me habría gustado es que Daniel y Aurora fuesen personas religiosas. Rezo todos los días por ellos, sobre todo por los niños, que no están recibiendo una formación religiosa. Rezo por que un día vuelvan a la fe que extraviaron, porque

ellos como todos la recibieron de pequeños, pero estos tiempos son muy complicados. Hay tantas tentaciones, tanta ambición, tanta oportunidad para perderse. Ni siquiera está bien visto que hables de tu fe o que menciones a Dios. Yo es que ni me atrevo a sacar esos temas en la oficina, porque la gente se reíría. Y eso es cobardía, un pecado muy grande. Pero también puedes mostrar a Dios en tus actos y a lo mejor así la gente no lo rechaza tanto, si ven que obras según tus creencias. La gloria de Dios resplandece hasta en las cosas más insignificantes. Y gracias a Dios he podido soportar estos últimos meses. Son pruebas que te fortalecen, aunque a veces es todo tan duro que te encuentras como al borde del abismo.



[MUCHOS]

¿QUIÉN HA ESCOGIDO EL SITIO?

Pues mira, entre otros Gabriela. O sea, que algunos hemos escogido y Gabriela, como siempre, se ha encargado de todo, pero en fin, la gloria nos la podemos llevar varios gracias a ella.

Oye, Gabriela, estupendo. Ha quedado estupendo. Hija, si algún día me voy de aquí, ya me gustaría que te encargases de todo.

Pues mil quinientos francos por no comer...

Mucha vela y mucho salerito, pero no me importaría ahora un bocata de calamares.

En la tuya, Alberto, nos divertimos mucho más. Pero es que todavía hay clases...

¿Y Aurora ya está allí?

No, nos iremos todos juntos. Aquí todavía quedan montones de cosas por resolver...

Pues nada, que llamen a Gabriela, que ya se encarga ella...

Mujer, no seas mala. Además, que te va a oír alguien...

Mira, para Aurorita, Gabriela se distingue de la chacha en que no lleva uniforme...

¿Y la chacha sí? ¿De qué? ¿Del séptimo de caballería?

No, de pobre de pedir, para señalar las clases.

Pues las cenas creo que las sirve con guante blanco y delantalito.

Qué finos. ¿Qué pasa? ¿Es que invitan mucho al Príncipe de Gales?

No, al príncipe de Gales no lo iban a impresionar mucho con un par de guantes blancos. Así se impresiona más bien a la gente menuda.

Y luego nos vamos de vacaciones, cinco semanas. Las vacaciones no las perdono por nada del mundo, ni Bruselas ni nada. Ya organizaremos a la vuelta.

¿Pero os va a dar tiempo a todo?

Bueno, yo me volveré una semana antes, para las cosas de la mudanza, y luego ya vendrá Aurora con los niños, cuando vayan a empezar el cole.

Qué marido, hay que ver qué suerte tiene Aurora, tú. Dile que si alguna vez se cansa, que me avise, que no me importa quedármelo, ¿verdad que no, Gabriela?

Cómo te vamos a echar de menos, Daniel, qué traición...

Anda, anda, si total es Bruselas, está a la vuelta de la esquina.

Eso se lo dirás a todas, ¿verdad Silvia que es una pena?

El mundo entero está a la vuelta de la esquina, Daniel, y sin embargo seguimos viviendo en Luxemburgo.

Algunos, Silvia, que otros ya ves que se van...

No si ya se lo he pagado yo, mañana la llamaré a ver qué le ha pasado.

Muy de Laura eso de desaparecer así.

Pues yo nunca lo había visto, qué quieres, a ver si ha ocurrido algo.

Sí, que estaría invitada a dos fiestas, se ha querido repartir sin que se note y ha calculado mal.

A mí me pide el cuerpo baile...



Y a mí unos huevos fritos...

Mira que este muchacho es ordinario, el pobre.

Tú es que no lo tragas...

Pues no, llevo diez años sin tragarlo. Ya se podía ir él. A las Batuecas, a enseñar sánscrito.

Bueno, ¿y qué está abierto ahora?

¿Pero pensáis seguir?

Venga, hombre, vente, una copa todavía.

No, que ya estoy muy viejo.

A la casa, ya te digo, no le falta nada, una mano de pintura. Y bueno que Aurora se ha empeñado en arreglarle el jardín, pero eso puede esperar.

¿Y la cocina está equipada y todo?

Sí, impecable...

Aurora estará encantada.

Como que Aurora pisa la cocina mucho...

Que te van a oír.

Sí, ya te digo, está todo nuevo. La casa era de un alto ejecutivo de un banco francés que se ha tenido que trasladar a Nueva York. Y la casa la habían renovado hace dos años apenas, así que todo nuevo, prácticamente.

Mírad a ver si se olvidan las llaves de la caja fuerte en algún rincón...

¿Tú vienes, Silvia?